

JOSE ANTONIO RODRIGUEZ ESTEBAN*

RAFAEL TORRES CAMPOS (1853-1904). GEOGRAFIA EDUCADORA Y EDUCACION GEOGRAFICA

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

El objeto de este artículo es mostrar las aportaciones de Rafael Torres Campos a la moderna ciencia geográfica española de finales del siglo XIX. Estas aportaciones destacan especialmente en tres aspectos: la educación, las cuestiones comerciales y coloniales, y la recepción y divulgación de las tendencias que sigue la Geografía en otros países. Su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza y a la Sociedad Geográfica de Madrid y la labor que en ellas desarrolla son estudiadas teniendo en cuenta las influencias en su pensamiento.

Rafael Torres Campos (1853-1904). Géographie éducatrice et éducation géographique. - L'objet de cet article est de montrer l'apport de Rafael Torres Campos à la science géographique moderne espagnole de la fin du XIX siècle. Cette apportacion se fait en particulier dans trois aspects: l'éducation, les affaires commerciales et coloniales et la réception et diffusion des tendances géographiques mises en place dans d'autres pays. La relation de Rafael Torres Campos à la Institution Libre de Enseñanza et à la Sociedad Geográfica de Madrid, ainsi que le travail qu'il mène à bout dans ces institutions sont étudiés ici à la lumière des influences expérimentées dans sa pensée.

Rafael Torres Campos (1853-1904). Geography educator and geographical teaching. - The object of this article is to show Rafael Torres Campos contribution to modern Spanish geographical thought at the end of the nineteenth century. This contribution was especially important in three aspects: education, commercial and colonial matters and the assimilation and spread of foreign geographical thought within Spain. His association with the Institution Libre de Enseñanza and with the Sociedad Geográfica de Madrid and his work within them will be examined with reference to their influence on his thought.

PALABRAS CLAVE: Historia de la Geografía española, krausismo, Sociedad Geográfica de Madrid, Institución Libre de Enseñanza, Congresos Internacionales de Geografía, educación geográfica.

MOTS CLÉS: Histoire de la Géographie espagnole, krausisme, Sociedad Geográfica de Madrid, Institución Libre de Enseñanza, Congrès Internationaux de Géographie, éducation géographique.

KEY WORDS: History of spanish geography, krausism, Sociedad Geográfica de Madrid, Institución Libre de Enseñanza, International Simposia of Geography, geographical teaching.

I. INTRODUCCION

La siguiente exposición, resumen de una Memoria de Licenciatura¹, pretende mostrar la obra de un geógrafo español, escasamente conocido y por tanto valorado, en relación con los acontecimientos que rodearon su vida. Ello implica entrar en el entramado en que se desarrolla la Geografía española de finales del S. XIX y principios del S. XX —la moderna Geografía española— a la que aportó Torres Campos un considerable impulso.

Es, pues, un doble desconocimiento el que es necesario afrontar, el de su obra y el de la obra geográfica española. Las escasas publicaciones sobre el tema ya han señalado el abandono en que se encuentra este

período de tiempo en relación con el conocimiento geográfico², indagar algunas de sus claves comprensivas a través del desarrollo intelectual de uno de sus protagonistas, es una posibilidad que puede ser aprovechada.

Nacido Torres Campos en Almería en 1853, donde realiza sus primeros estudios, se traslada a Madrid en 1868 para cursar la carrera de Derecho en la Universidad Central siguiendo los pasos de su hermano Manuel³. Esta su primera estancia en la capital de España tiene una importancia decisiva para su vida posterior, y no tanto por el cambio de mentalidad generalizado que supone la denominada «Revolución septembrina», señalado por diversos autores, como por los círculos culturales con los que entra en contacto.

* Becario F.P.I. de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid.

¹ Memoria de licenciatura presentada en la Universidad Autónoma de Madrid en septiembre de 1987, dirigida por la profesora Dra. Josefina Gómez Mendoza y titulada: «Rafael Torres Campos (1853-1904). Geografía y educación a finales del S. XIX», 151 págs., J. A. Rodríguez Esteban.

² HERNANDEZ SANDOICA lo ha señalado reiteradamente, especialmente en «La geografía española, entre la proyección colonial y la carencia universitaria. Los estudios geográficos en Madrid (1868-1900)», 1985, pp. 542-543.

³ Manuel Torres Campos es conocido internacionalmente por sus aportaciones en determinados campos de la jurisprudencia.



Fig. 1. (La Ilustración Española y Americana, 22-XII-1892.)

Gabriel Pardo, protagonista de la obra de Emilia Pardo Bazán *La madre naturaleza*, vive aquellos acontecimientos revolucionarios y sigue, significativamente y con las oportunas diferencias, pasos similares a los del joven Rafael: ambos se dan a la lectura de Kant y Krause, ambos asumen la corriente reformadora y regeneradora que emerge nuevamente en el país, ambos, con profunda convicción republicana, atienden «la llamada de Castelar» en 1873 ingresando en el ejército, ambos, finalmente, experimentan las influencias de los viajes al extranjero y los avatares iniciales del positivismo entrante. Es, quizá, el lugar desde donde vivieron estos acontecimientos lo que marca el cauce de su trayectoria posterior.

Gabriel Pardo, autodidacta, con los primeros lances de campaña...

«no se acuerda de Kant, da al diablo con los *Mandamientos de la humanidad*, y muy a gusto se deja arrastrar a las distracciones del compañerismo...» (PARDO, 1887, p. 81),

y se pregunta si todo lo que ha vivido

«¿no sirve, cuando menos, para probarme a mí mismo que aspiro a algo superior, que me intereso por mi raza y por mi patria, que siento y que vivo? No Gabriel; lo que es de eso no hay por qué arrepentirse. Y a no ser por tus años de peregrinación y aprendizaje, ¿valdrías hoy para fundar casa, para contribuir en la medida de tus fuerzas a la regeneración de la sociedad y la depuración de las costumbres..., para formar a tus hijos...? ¿Si Dios...?»

se contestará en su afán renovado. (*Ibidem*, pp. 87-88).

Rafael Torres Campos, que desde los primeros momentos va a conocer el influjo directo del krausis-

mo a través de sus más destacados representantes —F. Giner, E. Castelar, M. Fernando de Castro y posiblemente del mismo J. Sanz del Río—, no solamente mantiene y pone en práctica «social» el espíritu regenerador absorbido en estos primeros años sino que, a través de su posterior vinculación a la Institución Libre de Enseñanza y a la Sociedad Geográfica de Madrid, impulsará la renovación de los estudios geográficos en España; es ésta, al menos, la fuerte impresión que desprende el recorrido por su obra.

Es en el ejército, tras optar por el cuerpo de la Administración Militar siguiendo los consejos de Giner de los Ríos, donde descubre Torres Campos las posibilidades que en el anterior sentido tienen los estudios geográficos y donde pone en práctica sus primeras inquietudes renovadoras. El mismo recuerda este hecho en la dedicatoria de uno de sus libros al geógrafo José Gómez de Arteche:

«Destinado como profesor a la Academia de Administración Militar en los comienzos de mi carrera, aspiraba por los estudios jurídicos que acababa de hacer, a encargarme de una clase de derecho. La designación de la Junta de Profesores me llevó a la asignatura de Geografía, y para desempeñarla acudí a su libro de GEOGRAFIA HISTORICO-MILITAR.» (TORRES, 1895, p. III).

Y así recuerda su compañero Narciso Amorós como:

«... bien pronto revolucionó la enseñanza de esta ciencia, sustituyendo el antiguo programa por orientaciones nuevas, la descripción árida, empalagosa, enajada de cifras y de datos empíricos e incoherentes, de regiones artificialmente caprichosas, por la reconstrucción de las verdaderas y naturales unidades étnicas, geológicas, climatológicas y estratégicas, que permiten agrupar, recordar y explicar lo hecho, reemplazando la mnemotecnia puramente descriptiva, único apoyo de la Geografía antigua, por las leyes y principios fundamentales de la Geografía nueva.» (AMORÓS, 1904, p. 24)⁴.

Desde su estancia en la Academia de la Administración Militar sigue con interés las vicisitudes que experimenta la nación en los años centrales de la década de los setenta, especialmente aquéllos que provocan el nacimiento, en 1876, de la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.) y de la Sociedad Geográfica de Madrid (S.G.M.).

Con la primera colabora desde sus inicios realizando, bajo la dirección de Giner de los Ríos, viajes de estudio y enviando una colección de ejemplares de madera para la biblioteca del centro. Si estos primeros viajes van a servir, como el mismo Torres Campos nos recuerda, «... de modelo por los organizados ulteriormente por dicho centro de enseñanza» (TORRES, 1882, p. 33), la colección enviada será la muestra que en la Exposición Universal de París de 1878 —poco más exhibe el pabellón español— lleva la I.L.E. para presentar su proyecto de enseñanza renovadora y práctica.

La labor geográfica desarrollada por Torres Campos en la I.L.E. no puede entenderse si no tenemos en cuenta su vinculación a la S.G.M. y viceversa. Tanto es así que, la «forma común de sentir y pensar» que constituye la Institución y de la que se impregna —enriqueciéndola— Torres Campos, va a tener sus repercusiones en la Sociedad Geográfica, pues a ella

⁴ En las siguientes páginas a esta muestra otros aspectos del talento renovador de Torres Campos durante su estancia en el Ejército.

aporta el autor su actitud receptiva y su afán difusor de una Geografía nueva, y de la forma que de enseñarla siguen otros países; por el mismo motivo se enriquece la I.L.E. en cuyo Boletín se refleja el movimiento geográfico europeo y americano que su labor en la Sociedad le ha permitido observar.

Si las anteriormente transcritas palabras de su compañero N. Amorós muestran la firme voluntad renovadora de Torres Campos — palabras pronunciadas, por otra parte, en 1904 y que denotan la sentida necesidad de este tipo de cambios en la geografía pues, con escasas variaciones, fueron repetidas por gran parte de los geógrafos decimonónicos—, la reseña que para la *Revista de España* realiza en 1877, comentando la fundación de la *Revue de Géographie*, lo indica con mayor claridad, señalando la labor a la que se dedicará en adelante: la incorporación a España del movimiento geográfico extranjero y la necesidad de utilizar el conocimiento geográfico en la educación.

«Esta ciencia — comenta en la citada revista — ha estado desdeñada durante muchos años porque no se comprendía su importancia; hasta personas instruidas la consideraban como la más árida y más fastidiosa de las ciencias, porque se aprendía mal y se enseñaba peor. Felizmente, hoy que se comprende su verdadero objeto y se estudia con método, la Geografía va adquiriendo en concepto de todos la importancia que le corresponde como ciencia inmediatamente útil y necesaria, como que es la que nos enseña a conocer nuestro país, la Europa y el mundo entero. A favorecer estos nuevos impulsos, y a impulsar a su vez todos los progresos geográficos, se dedica la nueva *Revista*.» (TORRES, 1877).

II. GEOGRAFÍA EDUCADORA

Su asistencia a la Exposición Universal de París en 1878 como Secretario de la I.L.E. le va a permitir recoger todo tipo de material geográfico — mapas murales, cortes geológicos, modelos en relieve, un reloj geográfico, etc.—, y lo que es más importante, seguir en las clases que Emile Levasseur imparte en la Sorbona toda la metodología pedagógica que el gobierno de la III República francesa estaba poniendo en marcha tras el fracaso en la confrontación con Prusia, achacado reiteradamente en los círculos franceses a la falta de conocimientos geográficos de sus soldados.

Especialmente habría que destacar, por su trascendencia posterior en la Geografía española, la incorporación de los laboratorios y de las excursiones escolares en la enseñanza, para las que se crea una caja de ahorro como forma de subvencionar los viajes largos en los niños menos favorecidos económicamente⁵. El diario londinense *The Times* señala ya en

1884 que en la I.L.E. las excursiones escolares son «utilizadas más que en cualquier escuela europea».

Levasseur propugnaba una enseñanza de lo geográfico que comenzara en la clase y se extendiera a la calle, el barrio, el pueblo etc., y que llegara hasta el ámbito internacional; lo que en esos momentos se denomina el método topográfico. No puede extrañarnos que Torres Campos pusiera especial interés en dicha metodología puesto que en realidad no hacía más que concretar, para la geografía, lo que la sistemática krausista venía proponiendo como camino del conocimiento. En dicha sistemática se parte del individuo en el conocimiento del *sí mismo*, en su concepción de cuerpo y espíritu, que le lleva al conocimiento de la dimensión del Hombre, recorriendo sucesivos estadios trascendentes a través de la Naturaleza, del Mundo Espiritual y el de la Humanidad, hasta alcanzar la idea del ser infinito o Dios⁶. Se hace todo ello en contacto directo — intuitivo se venía diciendo — con los objetos de conocimiento, de ahí la importancia de las excursiones escolares. Por otra parte Rousseau, Pestalozzi y Fröbel, amigo y discípulo de Krause este último, en los que se basa la práctica de renovación pedagógica institucionista desde sus primeros momentos, ya habían considerado a la Naturaleza como el principal agente educador a través de la «intuición activa», y a la educación, en su dimensión colectiva, como único motor de cambio social.

Tras la Exposición de París se pone en funcionamiento en la I.L.E. la enseñanza primaria y en ella adquiere la Geografía formulación expresa. Así lo resume Hermenegildo Giner de los Ríos en la memoria que presenta del curso 1878-79:

«... por eso hemos pensado muchas veces si en la escuela debería enseñarse la historia de un modo inverso al que siempre se sigue, es decir, retrocediendo hacia lo más antiguo, y creemos que valdrá la pena hacer el ensayo...»

Este procedimiento tan natural es el seguido en la enseñanza de la Geografía, de cuyo objeto debe de adquirir el alumno, ante todo, idea exacta. Con un ejercicio de pensamiento como el que Fröbel trae en su admirable libro "La educación del Hombre" sobre lo que son el mueble, la habitación y sus partes, podemos decir que empieza la Geografía. Y si al alumno se le hace observar la figura de la habitación y lo que ve de los objetos, cuando los mira desde arriba en sentido vertical, o sea proyectados, obligándole enseguida a dibujar su representación en la pizarra, tendremos el plano; es decir, sin salir de la escuela y desde el primer día, el objeto geográfico descriptivo (el lugar), y el medio para estudiarlo.

Así se ha hecho, en efecto, procediendo de este modo, cosas que de otra suerte son para el ignorado misterios. La diferencia entre el cuadro y el plano, entre el plano y el mapa, así como el uso y la utilidad de la escuela, debe darse a conocer desde lue-

⁵ La idea de las Cajas de Ahorro se puso en práctica en la Institución en los primeros años de la década de los 80. Al finalizar el siglo esta práctica fue desapareciendo como consecuencia de la extensión de las críticas que en Francia se venían produciendo. Torres Campos dedicará unas páginas del *B.I.L.E.* a comentar su funcionamiento y utilidad. (TORRES, 1880, pp. 33-34).

⁶ La generación a la que pertenece Torres Campos está más cercana al pensamiento positivista que al idealismo krausista, dentro de lo que Diego Núñez ha denominado el «krausismo positivo», pero buena muestra de la influencia de la sistemática del conocimiento krausista en

la geografía lo constituyen las siguientes palabras de Sales y Ferré, institucionista ciertamente más próximo a los planteamientos de Sanz del Río, que durante algunos años ocupó la cátedra de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla:

«Tiene la Historia de la Geografía sentidos tan bellos como profundos, que a no tomarlos en cuenta, fuera fácil que degenerase en árida y enojosa enumeración de nombres de personas y lugares; se refiere, el uno, al interés épico de los hechos que narra; el otro, a la influencia que estos hechos han tenido en el curso de la educación del hombre; y el tercero, a la progresiva unión del espíritu con la naturaleza y elevación juntamente hacia Dios, que en ella se ve claramente expresada.» (SALES Y FERRE, 1878, p. VIII).

go con ejemplos sencillos. Después de la habitación viene la casa; de la casa la calle; de la calle la ciudad y de la ciudad el campo; he nos aquí en plena Geografía física...

Los pasos son bien fáciles y los alumnos han tenido ocasión de examinar planos de todo... modelos en relieve de accidentes del terreno, por H. Muret, donativo del Sr. Torres Campos (...). Para hacer más sensible esta enseñanza, los alumnos han verificado excursiones al campo... y llenado también mapas mudos de diversas partes de la tierra, debidos igualmente al Sr. Torres Campos.» (GINER, H., 1879, pp. 111-12).

La originalidad con que estos planteamientos son asumidos en la I.L.E., perfilándose con una práctica constante a la que se entregan todos los profesores⁷, lleva al contacto directo con la naturaleza y el paisaje, con lo geográfico, a convertirlo en la clave del arco del conocimiento geográfico, empleando palabras de Ortega Cantero⁸, y en ejes vertebradores de toda didáctica.

La misma actitud receptiva e innovadora de la que venimos hablando, va a ser puesta en práctica por Torres Campos en la Sociedad Geográfica de Madrid, tras su elección como Secretario en 1879. Tres años después, en 1882, expondrá en sus salones lo conseguido por la I.L.E. hasta entonces:

«Al sentar la Institución Libre de Enseñanza las bases de una reforma radical en los métodos de educación, algo ha hecho de trascendencia para el progreso de los estudios a que nos consagramos. (...) Para que la enseñanza de la Geografía sea de cosas y no de palabras y términos repetidos sin comprenderlos, es preciso que el alumno tenga a la vista los tipos y las formas a que aquélla se refiere, que el maestro los explique sobre el terreno... A fin de atender a esta exigencia, se comienza la Geografía al aire libre. Los montes del Pardo, la cordillera próxima, el arroyo de Abroñigal, las orillas del Manzanares, el Jarama y el Tajo, ofrecen ocasión para verdaderas lecciones de cosas. Allí aprenden nuestros alumnos lo que son vertientes, montañas, divisorios, talvegs, ríos y confluencias; el régimen y distribución de las aguas, la descomposición de las montañas y la formación de terrenos sedimentarios.

Conocidos los accidentes del terreno — continúa diciendo Torres Campos —, ocurre el estudio de la manera de representarlo, y para esto, nada mejor que comenzar por la carta de la clase, siguiendo el método generalizado en Alemania y Suiza. La orientación, el trazado de los muros, huecos y objetos de la misma, sobre todo si se hace con medida, dan idea de lo que es un mapa, de la proyección horizontal, de las escalas. Surgiendo así las líneas una por una, consultando a los alumnos para trazarlas, haciéndoles ejecutar por sí el plano, se penetran en poco tiempo de lo que éste significa, con harta más facilidad y con mayor agrado que en presencia de un mapa hecho, cuyo conjunto burroso y complicado les abruma. (...) Si una vez conocidos los tipos y sabiendo leer las cartas se puede proseguir el estudio de la Geografía de una manera teórica, en vista de representaciones, toma éste nuevo atractivo, nuevo interés haciéndolo directamente. *No valen muchas lecciones lo que cualquier viaje.*» (TORRES, 1882, pp. 6-9).

No es posible quizá encontrar otra frase que condense mejor la importancia que la Institución concede al contacto con la naturaleza y el paisaje, con lo geográfico en particular y con el objeto del conocimiento en general. Pero si estas ideas siguen, en una escala superior, a las esbozadas por Hermenegildo Giner en la memoria anteriormente transcrita, Torres Campos afina aún más los planteamientos al enlazarlos explícitamente con las propuestas epistemológicas del pensamiento geográfico decimonónico, sumando a la sincrética actitud humboldtiana las directrices concretas que al desarrollo teórico y metodológico aportan E. Reclus y P. Vidal de la Blache, antes incluso que estos alcanzaran el reconocimiento debido. Oigámosle:

«El carácter enciclopédico y simultáneo que la enseñanza tiene en la Institución permite contar para el estudio de la Geografía con conocimientos geológicos que la completen y la hagan razonada y estimar así mismo el influjo del medio natural en la vida de los pueblos. La Geografía actual no es una pura nomenclatura o compilación de hechos empíricos; tiende a ser explicada por la Geología y con ella a dar razón de la flora, fauna e historia de cada país (merced a los trabajos de Montesquieu, Ritter, Peschel, Reclus, Hilmy y Vogel)... Aparece hoy como una exigencia ineludible partir de la Geología y de la Geografía para las investigaciones históricas, no perder de vista el suelo, que debe dar, estudiado de una manera completa en su forma, en su constitución, en sus relaciones con el medio ambiente, en sus recursos, la explicación de nuestras diferencias, la clave para comprender la organización social y las instituciones de los pueblos. (La Revue Géographique que dirige M. L. Drapeyron representa singularmente esta tendencia.)» (*Ibidem*, pp. 9-10).

Se realizan de esta forma excursiones «agrícolas y ganaderas», «industriales y mercantiles», «culturales, artísticas y científicas»: la casa de labor de la Florida, las minas de Riocón, las sederías de Talavera, la vega del Jarama, museos y academias, archivos y catedrales, serán visitadas constantemente por los alumnos de la Institución.

La finalidad de estas excursiones no se reduce a lo meramente informativo, comenta Torres Campos:

«... más que complemento de estudios, viene a ser un procedimiento educador; trata la Institución de hacerlos entrar en la vida como cosa normal y frecuente, para que nuestro pueblo se conozca y se comprenda con los otros. (...) contribuyendo poderosamente a desenvolver la individualidad y a formar los caracteres. Acostumbrarse a apreciar las circunstancias, adquirir la flexibilidad y soltura bastantes para plegarse a ellas, obrando siempre con discreción y tacto, educarse en una palabra para el trato social, requiere una experiencia difícil de adquirir cuando se está encerrado en un círculo de personas que piensan y viven de la misma manera.» (*Ibidem*, pp. 23-24).

El aspecto estético, descuidado con la progresiva introducción de la educación práctica, está doblemente presente en las excursiones:

«Para que no llegue a ser exclusiva y el industrialismo no seque el corazón y forme generaciones

⁷ Cartaya, Cossío, Costa, Flórez, Giner, Guimera, Lázaro y Madrid, Lozano, Mac-Pherson, Quiroga y Mouelo, Sama y Vinagre, y Torres Campos, son, entre otros, Directores o profesores acompañantes en las numerosas excursiones institucionistas. Iniciadas el 14 de diciembre de 1878, llegan a un total de 111 en ese curso, a 229 en el curso siguiente, de entre las cuales y como novedad 39 se realizan fuera de la capital, alcanzando en el decenio siguiente otros países.

⁸ Las indicaciones apuntadas por este autor y referidas al papel desempeñado por el conocimiento geográfico en la I.L.E. — como garantía y soporte del fortalecimiento y reorientación de la nación, como base del proyecto educativo, y su relación con las propuestas epistemológicas del pensamiento geográfico decimonónico — han servido de inestimable ayuda en el presente trabajo. (ORTEGA, 1984, p. 64).

indiferentes a las cosas del espíritu, importa atender también al lado ideal y estético de la educación, llevarlo de frente con el utilitario.

El sentido de lo bello —continúa comentando el autor— se procura inspirar generalmente por los estudios clásicos, que despierta nobles aficiones, gusto por la literatura y el arte; pero de un modo exclusivo y estrecho. Nosotros proseguimos este fin por estudios de arte más comprensivos, que abarcan las manifestaciones bellas en todas las esferas y de todas las épocas...» (*Ibidem*, p. 33).

Naturalmente lo anterior no significa que se descuide el conocimiento sistemático y científico de las excursiones, y así nos lo recuerda Torres Campos al reflexionar sobre los alumnos que en ellas participan:

«Cuando se ve a estos pequeños viajeros fatigados por una penosa marcha, disputar acaloradamente para saber quién ha de llevar la mochila al niño más joven, respirar con trabajo por no arrojar unas cuantas piedras que representan la recolección del día, afrontar risuciosos un aguacero o una jornada de 8 leguas sin comer casi, aprende uno cómo se forman espíritus generosos y sufridos y hombres capaces de hacer dar a su país un paso en el camino de la investigación científica.

Si hemos de tener algún día exploradores que resuelvan problemas de Física, de Geografía, de Etnografía y de Arqueología; que estudien los climas, los vientos, las corrientes, los mares y los pueblos; colonizadores que lleven el genio nacional y la vida europea a remotas regiones, hace falta una educación varonil que endurezca, como la que se da en estos viajes, en que se olvida el calor y el frío, la sed, el hambre y la fatiga, mirando al cielo y a la tierra para buscar estrellas, fósiles, insectos, plantas y ruinas.» (*Ibidem*, p. 21).

Las actitudes científicas, éticas y estéticas quedan pues *armónicamente* enlazadas en la propuesta excursionista de la Institución, en situación privilegiada para esa búsqueda de una conciencia nacional regenerada, de un nuevo patriotismo como claramente expresan las palabras finales de la citada conferencia:

Ved cómo la Institución Libre desea cooperar a este fin, y a formar, hasta donde sus fuerzas y medios lo consientan, una generación enérgica, penetrada de necesidades de la patria y apta para el trabajo con que ha de redimirse la presente decadencia.» (*Ibidem*, p. 50).

La pretensión divulgadora de esta concepción de la geografía y de la enseñanza en general no se reduce a unas cuantas instituciones, sino que pretende ser extendida a todo el magisterio español. Con este motivo una serie de organismos, estrechamente relacionados con la I.L.E. y en los cuales Torres Campos venía colaborando desde algún tiempo atrás —la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y la Escuela Normal Central de Maestras—, coordinados por el fomento de las Artes, presidido por el también institucionalista Rafael M^a de Labra, organizan el «I Congreso Pedagógico Nacional». En las bases organizativas, en las que podemos encontrar la firma de Torres Campos, se recoge como tercer punto de discusión:

«De la intuición en las escuelas primarias, exponiendo cual deba ser su alcance respecto de la educación. Procedimientos y medios que para aplicarla a toda ésta pueden ponerse en práctica, según las necesidades de las escuelas, y fijándose especialmente en las lecciones de cosas, los museos escolares y las excursiones instructivas».

Ya en la celebración del Congreso, tras la brillante defensa que en dicha sesión realizan Alvarez de Marina y Germán Flórez del método intuitivo, y los

enconados ataques que hacía el mismo método dirigen Dionisio Caldevilla y Ramón Torres, Joaquín Costa toma la palabra en sustitución de su compañero ausente —otro viaje a París como representante de la I.L.E. le obliga a abandonar el Congreso— y ante las insistencias de sus «colegas institucionalistas» por haber ocupado el cargo de Director de excursiones en 1881 —cargo en el que le sucede Torres Campos—. Con su elocuente estilo y tras precisar ciertas cuestiones respecto al tema de la intuición, ampliando las consideraciones del «Sr. Flórez», Joaquín Costa va a tocar el punto neurálgico del tema propuesto soliviantando a los representantes del Magisterio español.

«He dicho —apunta Costa— que no se había entrado en la raíz del tema; pero, al fin, es éste un defecto de cantidad que podrán subsanar en sus rectificaciones los oradores. Lo que yo encuentro verdaderamente grave en los discursos que he oído esta tarde, es la doctrina, es el concepto de la escuela en que se hallan inspirados, incompatible de todo punto con la intuición... Por lo que he podido comprender, en la doctrina de aquellos ilustrados compañeros, la escuela se mantiene sobre el mismo pie, conserva la misma organización que venía teniendo desde los días de Quintiliano, sin que la ciencia moderna haya hecho otra cosa que agregarle por vía de adherente... el antiguo concepto de la escuela no se aviene ya con los nuevos métodos que la ciencia proclama y la experiencia acredita: hay que invertir los términos: eso que se considera como conocimientos auxiliares, las lecciones de cosas, y por tanto, las excursiones instructivas, debe de ser lo principal, o más bien, debe de ser el todo: hay que ir a la *secularización* total, absoluta, de la antigua escuela, hasta arrasarla de sus cimientos y aventar sus escombros por todo el territorio, que todo el territorio debe de ser la escuela mientras no pueda serlo todo el planeta... En tales condiciones, la escuela es una sociedad en pequeño; la sociedad, una escuela en grande; ambas, igualmente orgánicas, totales y omnicomprensivas: no son dos mitades de un todo, sino dos todos, o más bien, dos aspectos complementarios de un mismo y solo todo.» (C.N.P., 1882, pp. 136-138).

No podía ser menos y los ataques contra la Institución se van a suceder en tono elevado: el Sr. Fernández y Sánchez, tras negar la existencia de una escuela tradicional apegada a rancias preocupaciones, se pregunta:

«¿Es posible que para dar idea de la Geografía, no nos contentemos ni con los libros ni con los mapas, sino que hayamos de estar constantemente peregrinando con los niños por todas partes?... como una especie de nuevo Judío Errante...» (*Ibidem*, p. 141).

Tras sustituir el método intuitivo por otro más conveniente, que él denomina «el método MACHACA», atacar a la Institución y tratar el tema presupuestario como uno de los principales problemas, es felicitado y abrazado

«por muchos señores, ... entre ellos, el ex-ministro de Fomento D. Claudio Moyano.» (*Ibidem*, p. 143).

La excitación reinante obliga a intervenir a Francisco Giner, que se encontraba presente y al parecer sin intención de hacerlo, para calmar los ánimos. Tras un breve y discutido discurso que denota un cierto contagio del tono general, aparecen los reconocimientos personales y todo termina en sendos retos, «fuera de aquí, ante la prensa, donde quieras», instará el Sr. Fernández a Giner, «honor» que recoge este último «sinceramente y con toda efusión», y entre el Sr.

Marina y el Sr. Costa, pero ahora en el terreno práctico;

«estoy resuelto —comenta el Sr. Marina— a someter mi trabajo a un juicio comparativo con el de cualquiera de los profesores de la Institución Libre, siempre que ambos ejerzamos en una sección igualmente numerosa de alumnos de la misma procedencia, de análoga posición social...» (*Ibidem*, p. 148).

Toda esta larga exposición del Congreso, que en su totalidad recoge la mayoría de los puntos ya señalados para la didáctica geográfica y que no tiene desperdicio en ningún otro sentido, es buena muestra de la situación en que se encontraba la enseñanza de finales de siglo y de las posibilidades que ofrecían las propuestas institucionistas —que muy pocos entendieron o quisieron entender— de cuajar en la realidad española.

Naturalmente tras todo esto late el problema religioso, con las implicaciones que ello conlleva, diferenciando y marcando las capacidades y posibilidades, las formas y el desarrollo y, en definitiva, los límites de las sensibilidades en contienda.

III. LA EDUCACION GEOGRAFICA EN LA S.G.M.; DIFERENCIAS Y PUNTOS COMUNES CON LA I.L.E.

La forma de afrontar el problema educativo de la Geografía en la S. G. M. no solamente es distinta, sino en ciertos aspectos radicalmente opuesta a la seguida en la Institución Libre.

Esto es así porque mientras que la Sociedad Geográfica centra su voluntad en pedir al Gobierno que modifique los planes de estudio de esta disciplina, sobre todo a partir de los años 80 en que desaparece la única cátedra de Geografía existente en la Universidad, la I.L.E. evita, o quizá mide, cualquier contacto con el Gobierno, afanada como estaba en mantener su libertad e independencia.

El segundo de los puntos en que centra la Sociedad sus pretensiones es en la elaboración de una obra de Geografía que, sirviendo de modelo para los primeros niveles de enseñanza, pusiera de manifiesto los errores e imprecisiones que, en opinión de los miembros de la Sociedad, poseían muchas de las obras en circulación. Esta preocupación queda muy lejos de las miras educativas de la Institución, ya que en sus escuelas se reemplaza el libro de texto y el profesor —si cabe— por una enseñanza más directa del objeto de estudio, y como tal intuitiva.

Sólo dos puntos de contacto es posible detectar entre ambas corporaciones: la convicción en la necesidad que tienen las escuelas —o cualquier otra institución— de disponer de buenos atlas, mapas y cartas geográficas, y el interés por la recepción de las propuestas pedagógicas y geográficas elaboradas en otros países.

1. LA MODIFICACION DE LOS PLANES DE ESTUDIO

Es posible sentenciar de antemano el rotundo

fracaso que supuso el primer punto aquí señalado, es decir, la petición de reforma de los planes de estudio y la implantación de cátedras de Geografía. Así lo indica el hecho de la desaparición de la única cátedra de Geografía Histórica que existía en la Universidad⁹ y la inexistencia de cualquier otra hasta 1900.

Listas cuestiones se discuten en las reuniones de la S.G.M. prácticamente desde sus inicios; José Pilar Morales en las «Sesiones preparatorias a la constitución de la S.G.M.» expresa su deseo de que

«se establezcan cátedras de Geografía por la Sociedad para la enseñanza de la Geografía» (*B.S.G.M.*, 1876, p. 17).

Pocos meses después L. García Martín propone que se estudie el medio de propagar los conocimientos geográficos en España (*Ibidem*, p. 476), elaborando, dos años después, una peculiar «Memoria...» a tal fin (GARCIA, 1878), que la Comisión correspondiente extractará en 6 artículos (*B.S.G.M.*, 1878, pp. 386-387). El Art. 2.2 propone,

«dirigir al Gobierno respetuosa manifestación sobre la urgente e imperiosa necesidad de modificar las disposiciones vigentes relativas al estudio de dicha materia...».

No obstante las discusiones en este sentido, continuaban apareciendo una vez más criterios diversos: aquéllos que piden una gestión directa ante el Consejo de Instrucción Pública y el Ministerio de Fomento con el fin de lograr reformas más o menos rápidas en la enseñanza —Sres. Sánchez, Messía y Puig—, y aquellos otros que no consideran pertinente dirigirse con ciertas exigencias a los medios oficiales —Sres. Rossel, Abella, Foronda, Nava y curiosamente el Sr. Valle meses antes de ser separado de la cátedra de Geografía Histórica—. Una actitud intermedia manifiesta Torres Campos al opinar que,

«ante todo, es preciso determinar el lugar que corresponde a la Geografía en la enseñanza oficial, y por consiguiente, la clase de conocimientos que han de precederle».

proponiendo que una comisión conferencie con el Ministro de Fomento o el Director de Instrucción Pública

«con carácter oficioso... logrando, tal vez, que oficialmente se pidiera entonces informe a la Sociedad» (*B.S.G.M.*, 1880, p. 362).

A la altura de 1887 la Junta Directiva reunida en sesión ordinaria resumía así lo conseguido:

«Hasta ahora no se han llevado a la práctica ninguno de estos proyectos. La proposición reproducida por el Sr. Zuragoza presenta una nueva fase que la separa de las anteriores, y es la parte que pudiera llamarse utilitaria, la que según su autor, habría de proponer recursos abundantes y permanentes a la Sociedad» (*B.S.G.M.*, 1887, p. 143).

A pesar de la ambigüedad que en las reseñas de la Junta Directiva es posible detectar en no pocas ocasiones, desde esta fecha hasta finales de siglo al menos dos peticiones más fueron elevadas al Ministro correspondiente: la primera aprovechando la felicitación que se envía al Sr. Canalejas por su elección como ministro de Fomento en 1888 (*B.S.G.M.*, 1888, pp. 285-286), y la segunda en enero de 1893 solicitando, además, la creación de cátedras de idioma portu-

⁹ La Cátedra de la Universidad de Madrid fue asignada, por oposición, a M. M^a del Valle y Cárdenas en 1874, anteriormente profesor de Historia en dicha Universidad. Valle había presentado un amplísimo programa calificado por Torres Campos como «el trabajo que refleja el más alto vuelo que ha tenido la enseñanza de la Geogra-

fía». Coincide en ello Beltrán y Rózpide al considerar dicho programa y las lecciones preliminares de Nicolás Salmerón como los hitos principales en la renovación de los estudios geográficos en España. (TORRES CAMPOS, 1895, p. 259 - BELTRAN Y ROZPIDE, 1899, p. 10).

gués en las Escuelas Superiores de Comercio; Valle y Torres Campos fueron los encargados de redactar la minuta presentada en esta ocasión; no en vano eran los miembros de la Sociedad más interesados en las repercusiones y utilidad de la Geografía Económica (*B.S.G.M.*, 1893, p. 382).

En este proceso entran en discusión las posibles divisiones de la Geografía; Gutiérrez Sobral propone en 1894 dividir la Sociedad en cuatro secciones: de Geografía física y matemática; de Geografía política e histórica; de Geografía económica o comercial, y de Geografía militar (*B.S.G.M.*, 1894, p. 430). Años antes, en 1888, con motivo de la petición elevada al ministro de Fomento, se había convenido que las cátedras se repartiesen entre la Facultad de Filosofía y Letras y las Facultades de Ciencias, correspondiendo a la primera la enseñanza de la Geografía política y de la Geografía descriptiva con aplicación a la Historia, y de Geografía física a la segunda; esta última proposición a instancias de Coello, Massiá y Suárez Inclán.

No es casualidad que dicha proposición no contara con el beneplácito de los geógrafos franceses, como elocuentemente cuenta Torres Campos de lo acontecido en el Congreso de París de 1889, en una cita que no deja de tener interés ante la dirección que estaba tomando una parte de la Escuela geográfica francesa:

«Constantemente se nos invita en el Congreso —señala Torres Campos del Congreso Geográfico de París de 1889— a exponer cómo habían resuelto los países extranjeros los problemas discutidos. Yo desobediendo la invitación en este punto, no atreviéndome por pudor patriótico a confesar nuestro estado, y me limité a defender con Laubert, único delegado alemán en el Congreso, que para que resulte debidamente cultivada la Geografía bajo su doble aspecto natural y humano, no bastan las cátedras de la Facultad de Letras, es indispensable que se dé esta enseñanza en las Ciencias.

Por razones circunstanciales —continúa diciendo Torres Campos—, la mayoría francesa, creyendo ver amenazada la Geografía humana o histórica —que allí cuenta con cultivadores como el ilustre decano de Letras de la Sorbona Hinly, el célebre profesor de la Escuela Normal Superior y de la de Instituciones Paul Vidal de la Blache, Paul Gaffarel, Henri Coen, Ludovico Drapeiron y una pléyade de jóvenes y distinguidos profesores, entre los que figuran Cámara d'Almeida, Dupuy, Gallois, Bourgoing, y muchos otros—, se negó a admitir una conclusión radical en este punto; pero reconocida la exactitud del principio, quedó afirmado en una fórmula de transacción al declarar que "se deben hacer todos los esfuerzos posibles para facilitar, en las Facultades, las relaciones orgánicas entre la enseñanza de la Geografía y la de las Ciencias que pueden servirle de auxiliares"» (TORRES, 1895, p. 70).

2. LA ELABORACION DE UN COMPENDIO DE GEOGRAFIA

La proposición realizada por Justo Zaragoza se refiere a la publicación, por parte de la Sociedad, de Cursos de Geografía Universal y de España que sirvieran de texto en la enseñanza primaria y secundaria. El proyecto comienza a tomar cuerpo ocho años después, tras las gestiones realizadas por Torres Campos para que la Dirección General de Instrucción Pública protegiera y auxiliara la obra, encargándose de su realización Martín Ferreiro (*B.S.G.M.*, 1895).

Este elabora dos textos, uno para los alumnos y otro para el profesor, y los presenta al Consejo de Instrucción Pública, que pocos meses después los recoge en su «Gaceta» como obras recomendadas para la enseñanza de la Geografía. Si en dicha lista aparecen otras obras igualmente recomendadas se consigue, a instancias de la Sociedad, que se supriman aquellos libros de texto

«plagados de errores e inadecuados por su plan y método para la instrucción del niño.» (*R.G.C.M.*, 1896, pp. 53 y 119).

Si algo había conseguido la Sociedad, tampoco en este punto logra ver sus deseos cumplidos completamente. Treinta años después, en 1926, así lo recuerda su secretario Miguel de Asúa:

«Los manuscritos que escribió esta Real Sociedad, siguen aquí, sin imprimirse, por falta de recursos y de decisión para lanzarse a la aventura de publicarlos, porque no figurando la Sociedad entre los maestros que actúan, no serían nunca esos textos los elegidos por ellos para sus explicaciones.» (ASUÁ, 1926, p. 223).

No obstante es posible detectar en el Boletín de la Sociedad intentos para su publicación. Torres Campos y Beltrán y Rózpide se desplazan a Cataluña para negociar con el editor J. Romá y en este sentido se llega a contratar a un dibujante, José Rindavets, lográndose acuerdos económicos que irían destinados a la familia de Ferreiro, fallecido poco después de terminada su obra —abril del 96—; aun así nada se consiguió (*R.G.C.M.*, 1897, pp. 277, 319 y 320).

3. LOS MAPAS ESCOLARES

El tercer punto en que la Sociedad Geográfica demuestra su interés por la educación está referido a la elaboración de «mapas escolares». Si, como hemos visto, los puntos anteriores denotan la activa preocupación de Torres Campos, aquí su labor destaca especialmente.

Muy pronto había comprendido Torres Campos la falta de material gráfico en España para la enseñanza de la Geografía. Sus frecuentes viajes a la capital francesa, en los que contacta con los pedagogos y los métodos más destacados para su enseñanza, le incitan a realizar en España la misma labor.

«Las dificultades que la enseñanza de la Geografía ofrece —comenta en 1884 desde el *B.I.L.E.*— dependen de la confusión de las cartas, que impiden vean los alumnos con claridad sus rasgos capitales, y de la falta de ejercicios encaminados a fijar en la fantasía una imagen de aquéllas. Para conseguir lo primero, se aspira hoy a reemplazar el mapa ya hecho, por otro que el profesor trace en el encerado con los datos y pormenores que en cada paso le convengan. Así, la enseñanza puede ser perfectamente graduada sin necesidad de un material distinto para cada grupo o sección de alumnos, y sin que el detalle de los mapas, conveniente en ciertos grados de instrucción, sea obstáculo para que se adquieran, en vista de representaciones sencillas, las primeras nociones de Geografía de una comarca.

Pero como el trazado de contornos y divisiones es penoso, supone mucho tiempo, y no se puede exigir además al profesor, y menos al introducirse el sistema, el conocimiento profundo de la Geografía descriptiva que suponen los trazos exactos, se han construido mapas mudos en pizarra con algunos puntos capitales de referencia, sobre los cuales forme el profesor cada día el mapa que le convenga.

Hemos tratado de introducir este material en

España con la publicación de la carta a 1/650.000 sobre tela apizarrada Suzanne. Su escala, que da un tamaño de 2 metros por 1,80, permite que pueda ser empleada con fruto en clases numerosas...» (TORRES, 1883, p. 284).

Distintos miembros de la Sociedad Geográfica venían realizando ya cartas y mapas que, aun no teniendo una aplicación inmediata en los primeros niveles de la enseñanza, resultaban de indudable utilidad. Su labor cartográfica estaba estrechamente asociada al quehacer geográfico y ello conllevaba que muchos artículos incluyeran mapas de diversa índole, etnográficos, de distribución cefálica, topográficos... Destacan entre todos ellos los realizados por Francisco Coello y Federico Botella por su precisión y generalidad, siendo los de este último adaptados, en ocasiones, a la enseñanza primaria.

Pero es en la década de los 90 cuando se detecta una mayor actividad y preocupación por el tema. El Boletín de la Sociedad recoge así la oferta que en 1891 le realizara la casa Suiza Wurtz y Wintertur con la intención de publicar mapas escolares de España, solicitando los datos necesarios para su elaboración y recursos pecuniarios para su publicación.

No considera la Sociedad necesaria la participación de otros países en la realización de la Cartografía Española y así lo manifiestan Coello, Arroquia, Ferrero y Foronda. Se propone de esta forma su realización con los datos proporcionados por Coello y Botella, eligiendo la escala 1/500.000 a tintas graduadas en

las curvas de nivel de 500 en 500 m. y resaltando los relieves en sombreado (B.S.G.M., 1891, pp. 82-85). Nada más consigna el B.S.G.M. sobre lo acontecido.

Si la proposición anterior la realiza Torres Campos a su vuelta del Congreso de Berna, es este mismo autor el que un año después presenta la Revista de la Escuela Moderna para mostrar la importancia de sus trabajos geográficos y el interés de los mapas reproducidos. Esta vez la Junta Directiva decide adquirir la revista intercambiándola con el Boletín (B.S.G.M., 1892).

Tres años más tarde tiene la Junta Directiva noticias de la edición de «cuadros murales» para la enseñanza de la Geografía y la Historia realizados por el Instituto Holzel de Viena. El conjunto de los mapas interesa vivamente a los miembros de la Sociedad, que decide acordar con Aduanas su importación. No es quizá necesario advertir que fue Torres Campos el encargado de su presentación (B.S.G.M., 1895).

Por estas mismas fechas ve la luz una colección de Mapas murales que Torres Campos realiza en colaboración con Vidal de la Blache (VIDAL, 1895).

4. RECEPCIÓN DE LAS PROPUESTAS PEDAGÓGICO-GEOGRÁFICAS

En mi opinión, la labor más importante y trascendente que realiza la Sociedad en materia de educación va a ser la recepción de novedades pedagógi-

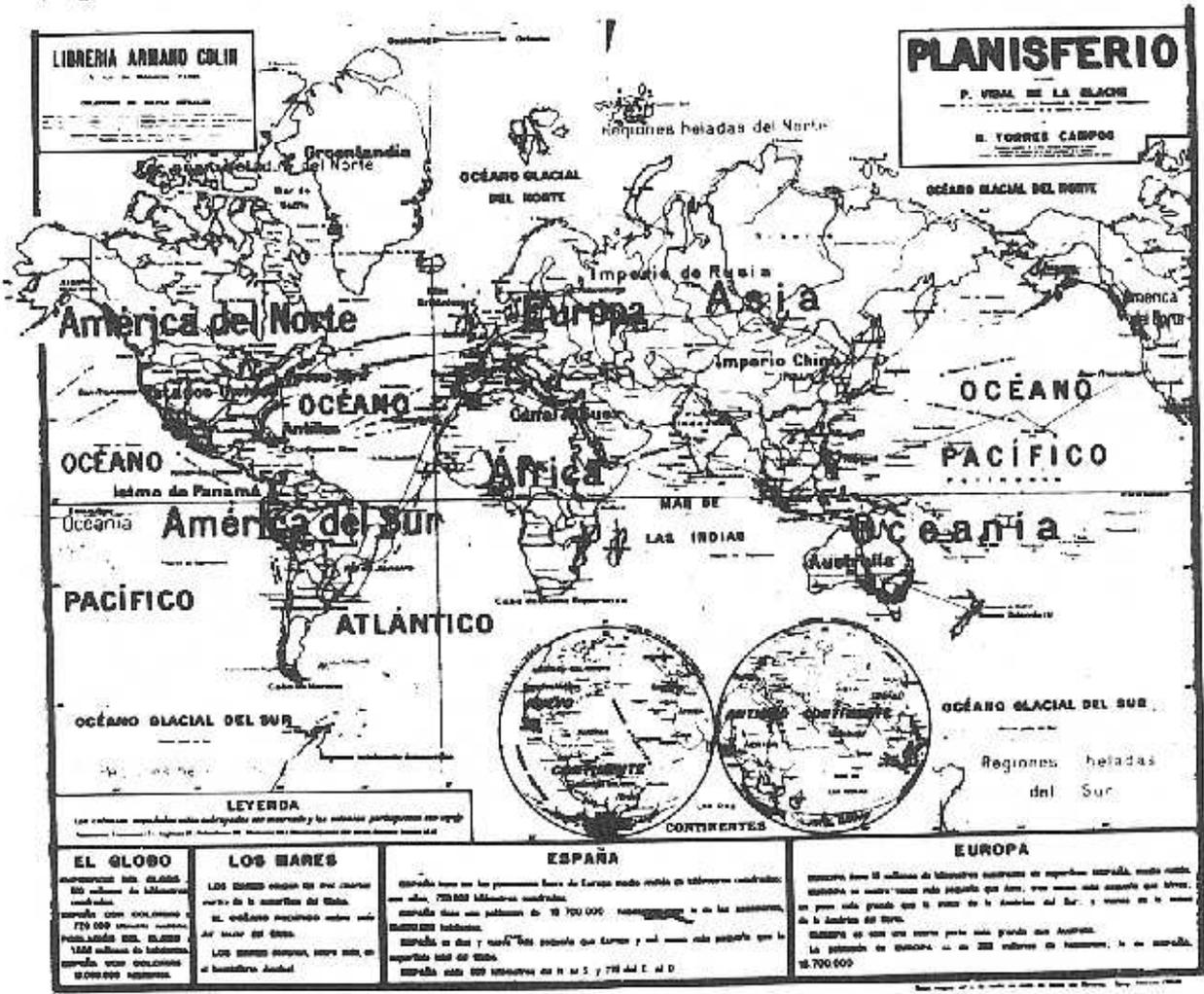


Fig. 2. Planisferio escrito. Realizado por P. Vidal de la Blache y R. Torres Campos. El resto de la colección está compuesto por 15 mapas temáticos de las distintas zonas de la tierra.

cas extranjeras. Sus consecuencias, difíciles de medir, sitúan a la Geografía española a la altura europea, en el marco teórico en que se desenvuelve la moderna pedagogía geográfica. Esta recepción se realiza y difunde sobre todo con motivo de las reseñas sobre los Congresos Internacionales de Geografía —a las cuestiones didácticas dedican por lo general una sesión de las siete en que suelen estar divididos—. En la mayoría de los casos se organiza, paralelamente a su celebración, una amplia exposición del material pedagógico publicado en los diversos países participantes.

Francisco Coello inicia esta tradición —la mayor parte de las cuestiones abordadas por la S.G.M. tienen a Coello como iniciador— exponiendo, en el primer número del Boletín, los resultados de la Exposición del material geográfico que organiza el II Congreso Internacional de Geografía celebrado en París en 1875 (COELLO, 1876, pp. 135-136). Años más tarde, en 1880, recoge el Boletín los acuerdos que en dicho Congreso fueron redactados por los participantes respecto al modo de enfocar la enseñanza geográfica. Se insiste en este comunicado en la necesidad de utilizar el método intuitivo, empezando de lo cercano a lo más lejano y aconsejando confiar a distintos profesores las lecciones de Historia y Geografía en la enseñanza secundaria —E. Levasseur fue el Presidente del Congreso—. Para la enseñanza superior se recomienda estudiar la tierra desde el punto de vista astronómico, físico y humano, habiéndose de realizar de forma razonada y no tanto descriptiva, como imperaba en la práctica. Recomienda el Congreso, así mismo, la creación de diplomas de Doctor en Geografía y el establecimiento, en las Escuelas Normales, de una sección especial de Geografía (*B.S.G.M.*, 1881, p. 241).

Ese mismo año se establece un período de discusión en el seno de la Sociedad Geográfica respecto al programa que, para desarrollar la metodología geográfica, establece el III Congreso Internacional de Geografía, que se va a celebrar en Venecia en 1881 (*Ibidem*, p. 233).

La suspensión momentánea de los Congresos Internacionales de Geografía, debido a las profundas diferencias de criterio que entre las naciones provocaba el problema colonial, hacen que hasta 1889 no se reúna el IV Congreso Internacional; aun así, el hecho de realizarse en París motiva la ausencia de representaciones extranjeras, como bien puede deducirse de la anterior cita de Torres Campos sobre el mismo.

A partir de este último Congreso se van a realizar las reseñas más amplias al respecto. La asistencia de Torres Campos como representante de la Sociedad Geográfica en calidad de Secretario y su larga tradición e interés por la docencia explican el hecho. De esta forma, y motivado por el creciente interés que las cuestiones educativas promueven, podrá extenderse en memorias superiores al medio centenar de páginas incluyendo, además de las ponencias en uno y otro sentido, importantes monografías bibliográficas; sucede así con la «Memoria sobre el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres» años después. Se introducen en España por este método los materiales y las didácticas más avanzadas puestas en práctica en el resto de los países participantes, originando que aquellos organismos más interesados al respecto, como venía sucediendo con la Institución Libre de Enseñanza, dispongan de la documentación adecuada para su uso.

Pero si esta información teórica sifúa a España como una nación bien informada en relación a otros países, la realidad y la puesta en práctica es otra. Torres Campos, aceptando esta vez la proposición que en el Congreso de Berna le hacen sus colegas para exponer la situación española, muestra con suma elocuencia el estado de abandono en que se encontraban los estudios geográficos en España a la altura de 1892; situación que, a excepción de los esfuerzos realizados por el Ateneo Madrileño desde 1896, va a mantenerse hasta finales de siglo. El texto, sumamente interesante, muestra, además, otras facetas de la concepción geográfica de Torres Campos. Quiero recalcar la relación establecida entre regeneración-incultura-conocimiento geográfico.

... Difícil era la situación de delegado que, ante las representaciones extranjeras, debía hablar de su país sin exponerlo a un juicio sumamente desfavorable.

Por fortuna tuve la idea de ir provisto de varios ejemplares de un trabajo que refleja el mayor y más alto vuelo que ha tenido la enseñanza de la Geografía, cuando existía como asignatura independiente en las facultades de letras: el programa de nuestro vicepresidente y mi querido maestro D. Manuel María del Valle. Los repartí entre los asistentes, hice ver cómo en el mismo, redactado ya hace bastantes años, se acude a las ciencias naturales para dar un sólido fundamento a la Geografía humana, según es hoy general tendencia de estos estudios, y se abarca en toda su amplitud el transcendental problema del influjo del medio en la vida del hombre y de la reacción de éste sobre aquél para modificarlo; es decir, llevé la atención del Congreso sobre la obra, por desgracia interrumpida, y sobre los méritos de un profesor ilustre, para apartarla del estado de la legislación de instrucción pública española —en este punto, como en muchos otros, lamentable— y del increíble abandono en que deja la enseñanza de nuestra Ciencia. Cité la obra magistral de Gómez Arteche, descripción completa y felicísima del suelo de la patria, en que, con conocimiento profundo de la materia, se expone hábilmente el influjo que en los hechos históricos y militares han ejercido las formas y accidentes del terreno; y me referí a los trabajos de nuestro vicepresidente D. Federico de Botella, cuyos mapas y esquemas —de uso imprescindible en la enseñanza, si ha de darse según las corrientes actuales de la ciencia— ofrecen la historia física de España, las leyes generales a que responden las revoluciones de nuestro suelo y el relieve actual de éste.

Como testimonio de que algo se hace entre nosotros en el sentido de la enseñanza moderna, hablé del modesto laboratorio de pedagogía que se llama Institución Libre de Enseñanza, más conocida que en nuestro propio país en el extranjero, y cuya tendencia educadora y cuyos tanteos para implantar el método activo con los procedimientos realistas en Geografía —como en otras materias— merecieron al Jurado internacional y a algunos de los profesores congregados —los representantes de los ministerios de Instrucción Pública de Francia y Bélgica Dupuy y Du Fief entre ellos—, muy benévolo juicio. Con esto, con exponer el sentido educador de los viajes escolares, con motivo de los cuales hace el alumno de la Geografía en vez de tomarla formada de los manuales, lleva a cabo observaciones, recoge datos, traza croquis y cortes geológicos, describe países, realiza, en una palabra, un verdadero aprendizaje de viajero y hombre de ciencia, y con referirme a la organización de mi Escuela —donde por excepción se hace la enseñanza cíclicamente en cuatro cursos, con tan feliz resultado que de ella salen profesoras con verdadera afición a la geografía a quienes preocupa el ferrocarril de Algeciras y la perforación del

Pirineo, interesadas en lo que hace Stanley, Emin o Brazza, en el desenlace de la cuestión de Guinea y en lo que pasa al sur de Marruecos—, salió del paso medianamente. Por fortuna el tiempo era escaso, no me apuraron con preguntas e interpelaciones, como suele ocurrir y los concurrentes no supieron en realidad cómo estábamos.

Pero si en una asamblea internacional creí lícito reservar mi pensamiento y eludir la cuestión, escribiendo para España debo declararlo de un modo explícito.

La situación en que nuestro país se encuentra bajo el punto de vista de la enseñanza geográfica constituye un verdadero anacronismo. Sólo se hace algo serio en las escuelas militares merced a los libros y a la enseñanza de Gómez de Arteche, Suárez Inclán, Mazarredo, Castaños, Barrios, Navarro, Blázquez, Velasco, Mariscal y otros; en las Escuelas de Comercio, por la tradición del curso y Sauró y el libro de Moreno Villena; y en las Normales, gracias a algunos profesores concienzudos y competentes como Agustín Sardá y Alejandro Tudela. Hay profesores muy distinguidos en la segunda enseñanza. ¿Cómo negarlo? ¿Pero qué podrán conseguir con niños de once años salidos de escuelas primarias, en general deplorables, que no tienen nociones de geometría y desconocen por completo las leyes físicas que determinan los fenómenos terrestres? Repasando los cuadros de asignaturas, encuentro que todas las materias que forman parte de los planes de enseñanza de las escuelas primarias e institutos son, como es lógico, objeto de ampliación y desarrollo en el grado superior profesional o universitario. De carácter esencialmente preparatorio, la educación primaria y la secundaria, llamadas a abrir horizontes y a procurar el uso al alumno de todas las facultades, no dan todo lo que debe saberse en ninguna materia; por eso las humanidades, la matemática, las ciencias de la naturaleza y las ciencias antropológicas son objeto de ulterior desarrollo y complemento, van más allá del bachillerato. Pues bien, una ciencia compleja, una ciencia de relación, que abarca la naturaleza y al hombre al par, la ciencia práctica por excelencia, de las relaciones internacionales, que no pueden ser dirigidas sin el conocimiento profundo de los pueblos, necesaria al político, al gobernante, al administrador de los públicos intereses y al comerciante, no se estudia de nuevo, no pasa la pubertad, no es objeto de ulterior revisión ni de serio cultivo en la edad de la reflexión, notadlo bien, ni aun para el que ha de hacer como catedrático de la enseñanza profesional de su vida.

Buscando analogía, yo no encuentro otra asignatura que preocupe al legislador tan poco, de que se haga tan escaso mérito y que se considere tan ociosa cuando se avanza en años, más que esas nociones de urbanidad destinadas a enseñar al niño cómo se coge el tenedor, debe ponerse la servilleta o hay que entrar en una visita; a esta altura se coloca entre nosotros el estudio del globo y de los graves problemas que la física terrestre y la consideración del planeta como morada del hombre suscita. Este es el hecho.

A la enseñanza de la Geografía debe Alemania, no sólo gloria científica y éxitos militares, sino la ventaja de contar con hombres que han ensanchado su misión en el exterior, abriendo a la actividad nacional horizontes desconocidos, le han dado colonias y han hecho progresar a su comercio de una manera más rápida que todo lo que se ha visto hasta el presente.

Francia tenía en cierto descuido la enseñanza de nuestra ciencia; pero la guerra de 1870 y la inva-

sión del territorio nacional por un ejército cuya precisión extraordinaria de movimientos dependía del hábil manejo de las cartas, le hicieron ver las ventajas de una sólida cultura geográfica, no sólo para las obras de la paz, sino para la defensa y para la guerra. Reconociendo que su antigua indiferencia por estos estudios fue una de las causas de sus desastres, a la reforma ha consagrado grandes esfuerzos coronados de feliz éxito. Y hay que reconocer, en honor de Francia, que si en trabajos cartográficos corresponde la primacía en el mundo a Alemania por Justus Perthes, la obra doctrinal más importante de nuestro tiempo, la Geografía Universal de Reclus, es francesa.

Apreciado este ejemplo por Inglaterra, el país de la gran cultura geográfica, ha comprendido que, a pesar de las posiciones que ocupa en punto al desarrollo colonial y mercantil, era preciso aperebirse a luchar para sostenerse, y como arma de combate, como auxiliar precioso para no perder su predominio en el mundo considera el estudio sistemático de la Geografía. No otra cosa significan las conferencias de Oxford y Cambridge, a las cuales concurre numeroso público, el desarrollo de la enseñanza en los colegios de Owen y Manchester, las peticiones de la Sociedad de Londres y la agitación fecunda de la Sociedad de Edimburgo.

De no poner mano España brevemente en este asunto con propósito reformista, si nos obstinamos en ocupar un lugar entre los pueblos que ignoran la Geografía, y sigue el *status quo*, el mal no tendrá remedio, lo que ahora nos sucede nos sucederá siempre. Serán raros los ministros que conozcan nuestras posesiones y que se preocupen en nuestros intereses; no existirá opinión que impulse a seguir una política amplia y a buscar en el exterior los recursos y los elementos de prosperidad que en el propio suelo nos faltan; se echarán de menos funcionarios que sepan gobernar y hacer producir las colonias, comerciantes e industriales que puedan dirigir con fortuna sus negocios en vista de la complejidad de las causas, a veces muy lejanas, que actúan en el mundo, y de las cuales depende ya hoy la prosperidad o la ruina. La decadencia más y más acentuada, la anulación, el empobrecimiento vendrán como natural consecuencia y merecida sanción de nuestro atraso y de nuestra incultura.

Traemos los delegados en el último Congreso de Berna un mandato de la Europa culta reunida en la ciudad federal: Pedir establecimiento de cátedras de Geografía en las universidades y en las academias especiales donde no existe. No dudo que la Sociedad Geográfica apoyará con calor y buenas razones tal acuerdo. ¿Alcanzará éxito?...

Si por nuestra parte se atendiera la conclusión del Congreso de Berna, tal vez podrían evitarse desastres que amenazan, porque la Geografía no es sólo pintura viva de las diferentes comarcas de la tierra, estudio atractivo, educador, que nos ensancha las ideas y nos da justa noción de nuestra situación y de nuestro valor en el mundo, investigando las causas físicas, topográficas y etnográficas que influyen en la marcha de la humanidad y en sus progresos, es, además de esto, ciencia que guía la evolución práctica de los pueblos, sirve para resolver problemas sociales, enseña a sacar partido de los recursos del planeta.» (TORRES, 1985)¹⁰.

Pero antes de terminar con las cuestiones educativas de la Geografía en el último cuarto del siglo XIX no está de más preguntarse por las causas que impidieron que los estudios sobre esta disciplina fuesen modificados de una u otra forma en cualquiera de sus

¹⁰ TORRES CAMPOS, R.: «El Congreso y la Exposición de Geografía de Berna», *Estudios Geográficos*, Madrid, Fontanet, 1895, págs. 259-263.

niveles. A las peticiones realizadas por la Sociedad Geográfica, tímidamente si se quiere como ha advertido Hernández Sandoica, y no exenta de respeto por el *statu quo* y la política, hay que añadir, para comprender en toda su dimensión el proceso, la constante presencia de políticos de renombre en los cargos directivos de la Sociedad: Queipo de Llano (el Conde de Toreno) posibilitó su fundación y presidió la Sociedad de mayo de 1887 a mayo de 1889, Fermín Caballero fue presidente en sus primeros meses de existencia, Antonio Cánovas del Castillo desde mayo de 1879 a mayo de 1881, Segismundo Moret y Prendergast de mayo de 1885 a mayo de 1887. Si unimos a esto el impulso que recibe la Geografía a partir de 1870, en consonancia con la extensión del positivismo y su impregnación en sistemáticas neo-kantianas, krausistas... y demás esquemas de conocimiento fomentadoras —en no pocos aspectos— de explicaciones naturalistas, o el giro espectacular que adquieren los temas coloniales a partir de 1883 para convertirse en cuestión de debate público, teniendo como directorio del mismo el pensamiento geográfico, no deja de resultar paradójico el abandono educativo en el que se encuentra sumida la disciplina. Con todo ello parece más que posible que la explicación a dicha situación haya que buscarla fuera del marco de referencia anterior y trasladarse directamente al sistema que rige la política y la estructura del mundo universitario.

El cambio constante de personas en el Ministerio de Fomento y en la Dirección General de Instrucción Pública, en consonancia con el sistema de turnos de la restauración, va a impedir que cualquier gobierno —liberal o conservador— tome la iniciativa para realizar algún cambio más o menos radical en los planes de estudio existentes. Yvonne Turin ha señalado al respecto como:

«Liberales y conservadores parecen entregarse a un juego estéril y mezquino, procurando destruir recíprocamente su labor. Se esfuerzan, realuente, en colmar a la desesperada, o, por el contrario, ampliar, la brecha abierta en la tradición escolar por la revolución de septiembre. Se ventila en la lucha el crecimiento o la extinción de la libertad de enseñanza. La universidad no existe en los hechos; está en la idea común que une, en oposición constante, las tendencias rivales de una de las sociedades europeas más divididas de finales del siglo XIX.» (TURIN, 1963, p. 320).

Si a esto añadimos las rígidas estructuras del sistema universitario, dificultando cualquier tipo de novedad y sobre todo a la hora de introducir asignaturas «nuevas», quizá pueda comprenderse mejor la paradoja a que aludíamos en renglones anteriores.

Son causas externas a la disciplina las que impiden que, pese al reconocimiento de su importancia en sectores influyentes de la vida social, tomen realidad las peticiones para su implantación en los planes de estudio. Se explica, pues, que la Geografía sólo adquiera relevancia en las experiencias educativas realizadas por instituciones privadas donde las tendencias rivales no atenazan las modificaciones pertinentes.

Fue necesario que la sociedad española viviese el tan traído y llevado «desastre» por la pérdida de sus últimas colonias ultramarinas, tantas veces anunciado por Torres Campos y Joaquín Costa, entre otros, y ferozmente azuzado por este último pensador y activista, para que la clase política comprendiese la necesidad de afrontar reformas en la enseñanza, posibilitando así la reinstauración de las cátedras de Geografía en los primeros meses del presente siglo.

IV. CUESTIONES COLONIALES Y UTILIDAD DE LA GEOGRAFÍA

Es sin duda en los aspectos prácticos de la Geografía donde la labor de Torres Campos adquiere mayor eco. Beltrán y Rózpide había señalado, sin especificar en demasía, que nuestro autor continúa la labor desarrollada por el más prestigioso de los geógrafos finiseculares: Francisco Coello (BELTRAN, 1877, pp. 306-312). Para Coello la importancia de la Geografía en la resolución de los problemas sociales de diversa índole no admite discusión alguna; desde la utilidad estratégico-militar, hasta la información que proporciona del territorio para su más racional administración, pasando por los problemas inherentes al colonialismo —destacando como uno de sus más activos reactivadores— la Geografía es ciencia imprescindible. Torres Campos continúa en esta misma línea pero sus planteamientos al respecto adquieren constantemente tintes institucionalistas¹¹. Y es precisamente en sus locales donde toma forma y plan la nueva política colonial española.

Coello ya había planteado en el «Discurso Fundacional» de la S.G.M. lo que de «general interés» tiene la ciencia Geográfica, «desde el hombre de gobierno al comerciante o industrial más humilde». Pocos meses después recordará a Alfonso XII lo que «podría reportar nuestro comercio» (B.S.G.M., 1876, p. 564) si se vinculase España a la «Asociación Internacional para la Exploración y la Civilización del África Central». Tiempo después Torres Campos, alarmado por el descenso de socios en la S.G.M., hablará en el mismo sentido:

«Ahora que el comercio pide a nuestra ciencia luz y dirección para hacer sus operaciones de una manera tan razonada y segura que los desastres y las crisis sean sumamente difíciles, y que entre sus cultivadores el estudio de la tierra como productores, de los centros de población como mercados, y las vías de comunicación como arterias de la circulación de riqueza, alcanzan un desarrollo amplísimo ¿no podríamos consagrar parte de nuestros esfuerzos a estas cuestiones económicas, mediante la constitución de una Sección de Geografía Comercial, que atrajese a aquellas personas consagradas a profesiones prácticas que necesitan obrar en vista de los resultados de la estadística y de la Geografía?»

Tal vez ensanchando nuestra esfera de acción, aumentaríamos notablemente de medios, y nos sería posible la realización de uno de los objetivos de la Sociedad, totalmente abandonado por la doloro-

¹¹ En el prólogo escrito por Coello al libro de Torres Campos *Estudios Geográficos* se observa la existencia de ciertas desavenencias. Todo induce a pensar, dada la coincidencia en cuestiones generales, que el punto de fricción, sin excluir otros aspectos o matizaciones, está referido a la actitud ante la «emigración». Torres Campos se inclina por cuanto de beneficioso reporta su potenciación, y no

es de extrañar si atendemos a su concepción universalista del desarrollo histórico de la humanidad, pues ello supone intercambios útiles de actitudes e ideas y no tanto perjuicios económicos como algunos autores defendían. El punto clave estaría, para nuestro autor, en su racional organización y a ello dedica algunos escritos.

sa pérdida del viajero D. Joaquín Gatell, hacer algo por la civilización y la humanidad en Africa.»¹²

Desde el mismo lugar, dos años más tarde, matizará más su opinión, adelantando todo un programa de lo que tiempo después y con ayuda de Costa intentará realizar:

«Los esfuerzos aislados de un grupo de personas, por mucho que valgan, no bastan para promover importantes viajes, ni para decidir a los gobiernos a gastos de consideración. Exige esta atmósfera creada por la opinión pública; y para que la Geografía llegue a ser un interés nacional, precisa organizarse cuidadosamente la enseñanza, con tendencia a hacer desaparecer el desnivel que en este ramo de la cultura existe hoy en España y los pueblos adelantados de Europa.» (TORRES, 1881, pp. 10-11).

Coello plantea las primeras bases para abordar la cuestión, pero el impulso indudable viene de la actitud decidida de Costa y de Torres Campos. Gonzalo Reparaz, al menos, así lo recuerda:

«Una tarde de Julio o Agosto de 1882 conversábamos en la biblioteca de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid varios aficionados a los estudios geográficos, entre ellos los señores D. Rafael Torres Campos y D. Joaquín Costa, sobre la inutilidad de cuantos esfuerzos se habían hecho para fijar la posición de Santa Cruz de Mar Pequeña, y para tomar posesión de ella. Convenimos en lo tocante a las ventajas que para España tendría el establecimiento de una o varias factorías en la costa del Sur, y lamentábamos la completa indiferencia con que la mayoría del país miraba el asunto. Ocurrióseme la idea de organizar un mitin, para ver si lográbamos interesar a la gente política y al público en favor de una acción enérgica e inmediata, cuyo resultado fuese el término de las vacilaciones y dilaciones del Sultán, pero Costa opinó que un mitin era un esfuerzo momentáneo, limitado e insuficiente, que había llegado el momento de que España pensase en Africa y se dedicase a intervenir en ella, y que, para obtener algún resultado, había que empezar a reunir un Congreso de Geografía, en el que se plantearan todas las cuestiones geográficas que interesaban a la nación, y que se propusieran las reuniones más adecuadas para iniciar lo que en nuestra patria no existía aún: opinión colonial y africanista.» (REPARAZ, 1907, pp. 261-262).

En noviembre de 1883 tiene lugar en Madrid el primer Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil patrocinado por la Sociedad Geográfica y organizado y animado por Joaquín Costa, que meses antes se había inscrito como socio en la misma.

Todos coinciden en el relativo fracaso práctico del Congreso y en la calidad del *corpus* doctrinal que en él se expresó, prueba de ello es el «acta» que, redactada por Costa y suscrita por los directivos de la Sociedad, se había pensado leer en la última sesión contentiendo un «proyecto auténticamente audaz —comenta Eloy Fernández—, imaginativo y ambicioso...» (FERNÁNDEZ, 1976, p. 113).

Torres Campos comentará años después:

«A consecuencia del movimiento producido por dicho Congreso, al lado de la Sociedad Geográfica, académica y científica, se formó una Sociedad de Africanistas y Colonialistas, luego de Geografía Comercial, popular, propagandista y activa, con la mira de contribuir a la cultura general geográfica, mover la opinión en las cuestiones exteriores y coloniales e informarla de cuanto afecta a nuestros inte-

reses nacionales, promoviendo exploraciones útiles para el desarrollo del comercio y ofreciendo a las clases mercantiles el resultado de estudios o indagaciones de carácter práctico sobre los mercados.» (TORRES, 1898, p. 35).

Se constituye de esta forma lo que Eloy Fernández ha denominado como la «Epoca de las zonas de influencia» (1880-1900) caracterizada por estudios, campañas y exploraciones. Actitud que adquiere su máximo exponente con la aparición de la *Revista de Geografía Comercial* en 1885, regentada ya por la nueva Sociedad Geográfica Comercial.

Son los autores anteriormente mencionados los principales promotores de la revista —Coello será el presidente de la Sociedad—. En su primer número —30 de julio de 1885— se explicita la noción de la Geografía que Costa y Torres Campos dan sobradas muestras de compartir. Dice así:

«A través de estos hechos (la formación de las Sociedades Geográficas en Europa), se vislumbran relaciones íntimas de parentesco y auxilio recíproco entre la Geografía y el comercio. La Geografía, repárese bien, no es una geodesia abstracta, atenta sólo al estudio de los elementos astronómicos y geométricos del planeta; registra también los seres que pueblan cada latitud, cada isla, cada continente, y, por tanto, sus producciones; observa el carácter y modo de vivir de razas y pueblos, y por tanto, sus necesidades y el grado y forma en que son o pueden ser satisfechas, su capacidad para el consumo, sus mercados y las relaciones de equivalencia de unos productos con otros, los medios de comunicación y de transporte; engendrándose así esa economía de los pueblos, que llamamos Geografía Comercial.» (COSTA y TORRES, 1885, p. 1).

Con todo ello se produce un «giro importante» en el interés que manifiestan, tanto el gobierno como la opinión pública, respecto a las cuestiones coloniales. Torres Campos, como secretario de la Sociedad, no dejará de apuntarlo:

«Comprenderéis con cuanta razón señalaba al principio —escribe en 1886—, este semestre como verdaderamente fecundo. Río de Oro, Golfo de Guinea, Adrar y Sáhara, son nombres que significan una cooperación de España a la hora de las exploraciones, que nos asociamos al movimiento europeo. La presencia en este salón de viajeros dando cuenta de sus personales descubrimientos; las frecuentes relaciones con el Gobierno; las publicaciones originales sobre territorios anexionados, son algo nuevo, revelan un despertar de la opinión y de los poderes públicos, aunque tardío no del todo infecundo, en favor de las cuestiones geográficas.» (TORRES, 1886, pp. 289-296).

No es mi intención entrar en los resultados contradictorios, en sus diversos sentidos, que el proceso colonial originó. Sí es, sin embargo, la de comentar los planteamientos e ideas que Torres Campos esgrime al respecto.

La frenética actividad de Costa en la cuestión colonial, iniciada en fechas muy tempranas y donde el espíritu de aventura —en 1872 se queja de no poder acompañar a Lesseps en la aventura sahariana— juega un importante papel, se inserta en su concepción global del funcionamiento económico y social del país, en su «primer y coherente programa nacional» de su incipiente «proyecto populista», utilizando pa-

¹² TORRE, 1879, pp. 275-276. Meses antes M. M^o del Valle había conferenciado en distintos salones madrileños sobre «La Geografía en sus relaciones con el comercio y con los problemas económicos». Torres Campos recoge

aquí alguna de sus ideas y muestra claramente su concepción organicista, ampliamente extendida y que caracteriza especialmente a los herederos del krausismo.

labras de Alfonso Orti (ORTI, 1976, p. 186), con una fuerte dosis de nacionalismo, de estética y de afán civilizador:

«Yo he nacido tarde —dirá en 1875— y España llega tarde a todas partes desde que la tocaron de parálisis los reyes absolutos. Ya no se escuchará el español en labios de la raza negra: el inglés acabará de invadir el planeta; ya no podrá España lavar sus manchas de la conquista de América. ¡Adiós, generosos proyectos de civilización, de colonias, de estudiantes negros en Madrid, dominación universal de islas, costas!...» (Cfr. FERNANDEZ, 1976).

Para Torres Campos la inquietud modernizadora implica no descolgar a España de la corriente seguida por países más desarrollados, cuyos geógrafos se ocupan vivamente de las cuestiones coloniales; éste es su constante y principal afán, tan deseado e incausablemente transmitido. No existe una excesiva fascinación por la aventura del descubrimiento —en más de una ocasión se queja de la excesiva importancia dada a los viajeros en los Congresos de Geografía—, sí en cambio por las posibilidades económicas que abre, necesarias para regenerar al país, y en esto la Geografía tiene indudablemente mucho que decir:

«Bien puede afirmarse, en presencia de la actividad prodigiosa que despliegan ciertos pueblos alrededor del nuestro en su movimiento de expansión hacia el exterior —viene a afirmar— que toda nación que se desinterese por este movimiento, se aislará completamente, se rodeará, por este solo hecho, de una muralla mil veces más infranqueable, mil veces más espesa que la de China, y verá su influencia por grande que sea, desaparecer para siempre.» (TORRES, 1895, p. 78).

A los puntos de vista que aporta la geografía para la realización colonial vienen a unirse concepciones —o justificaciones si se quiere— morales. El nacionalismo y el espíritu de raza van a ser los más sobresalientes. Costa lo repetirá insistentemente y Torres Campos lo recordará en cualquier ocasión:

«A fin de que la raza latina se extienda y se multiplique —comenta Torres Campos en 1890—, ocupe gran parte de la superficie del planeta y cuente con centenares de millones de hombres, haciendo equilibrio, en bien de la civilización, en los futuros movimientos étnicos de la humanidad, a los sajones, los eslavos y los chinos —grupos por excelencia expansivos y vivaces— requiere que Francia abra camino a nuestros colonos, que Portugal conserve el glorioso legado de sus exploradores, y que las dos naciones de la península estén en condiciones de dar salida a esa población que, como ninguna otra, sirve para transmitir, con su lengua su genio, y para establecer en cuantas regiones del planeta buelle un perdurable influjo.

Por eso es un interés de primer orden para los pueblos latinos que rindan culto, sobre el ideal particularista de la nación, al ideal más amplio y permanente de la raza.» (*Ibidem*, p. 80).

Pero está claro que, para estos hombres con un alto sentido de la ética, el proceso colonizador debía tener unas reglas y un camino. Ambos formaron parte de la Sociedad Abolicionista, que no pocos resultados positivos consiguió. Las campañas de Costa y To-

rres Campos en este sentido son inequívocas y muestran la verdadera naturaleza de sus ideales —repeto, en forma de justificación si se quiere—. Elocuentes al respecto son las palabras de nuestro autor en el Congreso de París de 1889:

«En toda civilización, en los usos y costumbres de cualquier pueblo, por bárbaro o atrasado que parezca, hay un fondo sano y una consecuencia natural del medio y de las condiciones de raza, que no se debe desarraigar. Importa corregir los extravíos, oponerse a cuanto niegue las leyes fundamentales de la vida humana, ejercer una cierta tutela; pero no para hacer al pueblo inferior a imagen y semejanza del más culto, con objeto de que se desenvuelva normalmente, tome de la civilización con que entra en contacto, de un modo natural, por propio y libre movimiento. Lo que le sirve y pueda serle útil, y avance lenta y gradualmente, sin proponerse la transformación radical, renunciando al ideal arbitrario de asimilación por completo. En resumen, un pueblo colonizador debe dar condiciones y crear estímulos a los salvajes para que se le aproximen, pero no imponer con ametralladoras y con cañones de tiro rápido el progreso.» (*Ibidem*, p. 119).

Claramente pueden verse las pervivencias del Krausismo y la utilidad de la Geografía, árbitro entre las cuestiones humanas y las naturales, saber científico que ha de imponerse a la fuerza del sable o del cañón con la fuerza del raciocinio, orientando la expansión demográfica y constatando las condiciones del medio, ayudando, en definitiva, a la prosperidad y el progreso: Al «Ideal de la Humanidad para la vida» que hubiese podido decir Julián Sanz del Río,

El libro de Torres Campos *Estudios Geográficos* va a recoger estas cuestiones recopilando extensos artículos sobre los temas de mayor actualidad «El reparto de Africa según los últimos tratados», «Los problemas del Mediterráneo», «La campaña contra la esclavitud»..., de ellos dijo oportunamente Coello, en el prólogo del citado libro, las siguientes palabras, resumen, si cabe, de toda su actitud:

«En todos los artículos o capítulos de este tomo, que espero ha de ser seguido de otros en lo sucesivo, resplandecen, además del profundo conocimiento del asunto y de la galanura y oportunidad de frase al exponerlo, la circunstancia notabilísima de contener doctrina de práctica aplicación para regenerar a España, si se aceptan las ideas del autor, hijas de un ardiente e ilustrado patriotismo.» (COELLO, 1895, «Prólogo»).

Paralelamente a dicha labor nuestro autor venía colaborando en la realización del «Mapa económico del Territorio Nacional» por encargo del Ministerio de Guerra (Mapa que al parecer no se llegó a concluir), e impartiendo clases de Geografía y Literatura, principalmente en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, en la Escuela Normal Central de Maestras y en la Escuela de Comercio¹³.

Esta misma concepción práctica y utilitaria de una Geografía que quiere incluirse, ocupando un lugar poco menos que imprescindible, en la regeneración del país —desde la educación interior a la educación social, de la utilidad personal a la relación inter-

¹³ En 1878, con la apertura de una sección especial en la «Asociación para la Enseñanza de la Mujer», la «Escuela de Profesoras de Comercio», inicia Torres Campos su dilatada dedicación a la integración social de la mujer. Su preocupación en este sentido puede verse en sus publicaciones: *La mujer en el servicio de correos y telégrafos* (1883), escrita en colaboración con M. Ruiz de Quevedo;

La reforma de la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras (1884), y más especialmente en su ponencia «Las profesiones de la Mujer» del Congreso Hispano-Portugués-Americano de 1892. Recoge en ellos la labor desarrollada por Fernando de Castro y Concepción Arnal, añadiendo ciertas posturas y criterios novedosos a la cuestión.

nacional—, va a pasar, naturalmente, por la atención al suelo¹⁴.

El problema va a ser abordado desde la misma perspectiva que Costa lo había hecho en relación a su «proyecto populista inicial», a su «política hidráulica», al «binomio ganadería-regadío». El motivo, las lecciones que sobre la Geografía de España se imparten en el Fomento de las Artes. Torres Campos conferenciará sobre «Nuestros ríos»¹⁵. En esa Geografía, utilizando palabras de Coello:

«... se explican las circunstancias geológicas que han contribuido a determinar la formación y el curso de los ríos de la Península, estudiando los hechos físicos en relación con los históricos. En conjunto constituyen una exposición literaria y amena de la Geografía, sin descuidar el señalamiento de la utilidad que puede sacarse de las corrientes de agua, que pocas veces se aprovechan en nuestro país; así se hacen numerosos consideraciones sobre canales de riego y pantanos, que debieran construirse en muchas localidades, citando el ejemplo de los grandes resultados que tales obras han producido en diversas regiones de España y del extranjero.» (COELLO, 1895, «Prólogo»).

El escrito en cuestión presta, por otra parte, gran atención a las cuestiones históricas de las regiones comentadas. Este y otros trabajos, especialmente los que dan cuenta del hallazgo de la Iglesia de Santa M^a de Lébana —anecdóticamente encontrada mientras realiza una excursión con los alumnos de la Institución—, le valen su ingreso en la Real Academia de la Historia¹⁶.

V. LA DIFUSIÓN EN ESPAÑA DE LA GEOGRAFÍA EXTRANJERA

Paralelamente a las ocupaciones coloniales y utilitarias, la Geografía comienza a experimentar un considerable impulso en sus concepciones teóricas, sobre todo en Alemania, Francia y Estados Unidos.

La vocación europeísta de la S.G.M., puesta de manifiesto desde su fundación—Coello, tras «no oír la majestuosa lengua castellana» en el II Congreso de Ciencias Geográficas celebrado en París en 1875, por no existir en España Sociedad Geográfica que lo representase, «formó el proyecto de trabajar sin descanso en llevarla a cabo para que no se repitiese igual vergüenza en análogas situaciones» (COELLO, 1876, pp. 5-13)—, va a centrarse, no obstante, en el

movimiento descubridor y viajero exterior y en la consignación de los Congresos Internacionales. Coello inicia esta tradición en las «Memorias sobre el Estado Actual de los Trabajos Geográficos» que será continuada por Martín Ferreiro entre 1880 y 1895 sin variar apenas su estructura más que en razón de las aportaciones en uno u otro sentido. La continuación de esta tarea por Torres Campos en 1896 aportará una novedad:

«Si estas memorias—nos comenta en su primera reseña—han de constituir verdadero cuadro de los progresos de la ciencia geográfica y medio de orientación para su cultivo, las noticias de publicación de libros y trabajos importantes, no sólo en España sino también del extranjero, tienen cabida, sin duda, en ellas. Por esto me considero en el caso de citar un libro francés y otro alemán que han de ejercer notable influjo en nuestros estudios: las *Lecciones de Geografía* de Lapparent y los *Principios fundamentales de Geografía física* de Supan.» (TORRES, 1897, p. 83).

Esta misma novedad, comentando las publicaciones más relevantes aparecidas fuera de España, había sido puesta en práctica en sus reseñas sobre los Congresos Internacionales de Geografía desde 1889, dedicadas hasta entonces a consignar sucintamente los aspectos de interés.

«Para que sirva de medio de orientación—comenta en su libro sobre el Congreso de Londres—sobre el estado presente de los problemas de la Geografía contemporánea y de instrumento de alguna utilidad a los que aspiren a ahondar en el estudio de los mismos, no me he limitado a trazar la crónica de las sesiones del Congreso de Londres, he expuesto los antecedentes de las cuestiones tratadas, que son necesarias para comprender el sentido de las discusiones mantenidas y de las resoluciones adoptadas; he discutido los temas, sobre todo en su trascendencia nacional respecto a España, y he formado bibliografías de fuentes para las cuestiones que, por su novedad, no aparecen tratadas en los libros clásicos.» (TORRES, 1896, «Introducción»).

Presta igualmente atención al Movimiento Geográfico y Colonial, planteándose la viabilidad de tratar en las «Memorias...» los problemas de Geografía política:

«Al escribir sobre la materia, me he preguntado si abandonaba el campo de nuestros estudios y penetraba en el de las ciencias ajenas, pero el recuerdo del título y del carácter del monumento elevado a la geografía por el primer geógrafo de la

¹⁴ GÓMEZ MENDOZA, J^o y ORTEGA CANTERO, N., 1987, han señalado oportunamente las relaciones entre la Geografía y el movimiento regeneracionista, su incardinación con la «Política Hidráulica» y la «Educación» como bases de un nuevo «Patriotismo» y el papel de la Geografía moderna en general y de Torres Campos en particular en dichas cuestiones.

¹⁵ TORRES, 1895, págs. 331-416. Las otras lecciones que sobre la Geografía de España se imparten en el Fomento de las Artes corren a cargo de: Arriaga (Costas de España), Vilanova (Orografía), Lázaro e Ibiza (Climas y recursos naturales) y, Beltrán y Rózpide (Habitantes). El conocimiento de las cuencas hidrográficas españolas y las buenas relaciones que Torres Campos mantenía con la Escuela Francesa de Geografía facilitaron, en buena medida, el importante trabajo que unos después realizaría Jean Brunhes sobre «L'irrigation dans la péninsule Ibérique et dans l'Afrique du Nord», así lo recuerda el propio Brunhes:

«Je dois des remerciements exceptionnels à un géographe bien informé, M. Rafael TORRES CAM-

POS, qui n'était pour moi non seulement un ami très sympathique mais un guide avisé. Grâce à ses recommandations, j'ai pu m'entretenir en 1894-1895 avec trois hommes, morts aujourd'hui, et auxquels la géographie de l'Espagne est redevable de grands et bons travaux. COELLO, Federico BOTELLA Y DE HORNOS, Fernández DE CASTRO, le directeur de la carte géologique, mais qu'avec divers spécialistes, les géologues MALLADA et MACPHERSON, le botaniste Blas LAZARO E IBIZA.» (Fu *Etude de Géographie humaine. L'irrigation*, Paris, Masson et Cie., éditeurs, 1904, pag. 14).

¹⁶ Su elección como miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia se realiza el 10 de abril de 1885. En 1898 será propuesto por Coello, Fernández Duro, Riaño y Gómez Arceche, para ocupar la Medalla n^o 35 y ser elegido Académico de Número. De nuevo, problemas de salud en él y su familia aplazan la posesión de su cargo hasta el día 22 de diciembre de 1901, en el que disertará sobre «El carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias». Sus inclinaciones a la historia y la arqueología van a ser continuadas por su hijo Leopoldo Torres Balbas.

Francia — *La Tierra y los Hombres* llama Elíseo Reclus a su obra incomparable y comprende en ella amplias disquisiciones sobre el desarrollo y el estado presente de las sociedades humanas en cuanto afectan a la constitución de las naciones—, y el recuerdo también de las ideas y del sentido de los hombres de ciencia como mi insigne amigo Paul Vidal de la Blache y Marcel Dubois, que conceden siempre amplio lugar en sus obras a la Geografía humana, me han llevado sin reparo a poner a contribución la historia moderna, para dar, si fuera posible, vida y color al cuadro de los hechos geográficos que he de presentaros.» (TORRES, 1898, p. 1).

De esta forma va a dar noticia de más de medio centenar de libros y una veintena de revistas extranjeras. Comentarios que en los casos de Lapparent, Supan, Suess, Dubois, Deniker, Vidal, Forel, Amherst, Demoulin, Brunhes, Margerie, Levasseur, Penck, Batilha además de su extensión — de dos o más páginas — están citados atendiendo al campo de conocimiento geográfico que desarrollan y puestos en relación a los postulados que sostienen y a la línea de pensamiento a la que dan continuidad. Algunas reseñas de libros van siguiendo, con comentarios precisos, los puntos de cada uno de sus capítulos. Dedicó especial atención a la Geografía física y dentro de ella, y al margen del comentario de los «manuales», desarrolla monografías sobre las partes de la ciencia que alcanzan mayor desarrollo en esos momentos: Vulcanismo y Seismología, Glaciología, Oceanografía y Limnología. Son importantes los comentarios sobre la Geografía humana, atendiendo más a su desarrollo en función de los autores que la formulan: Sociogeografía con Demoulin, Antropogeografía con Daniker, Geografía agraria con Brunhes y Plessis de Grenéda, etc.

Merecen especial atención y comentario las obras de Vidal de la Blache del que comenta, siguiendo a Rabot, y refiriéndose al *Tableau de la France*, que dicha obra «forma época en la ciencia francesa». De la misma forma se referirá a Suess y a su obra *Das Antlitz der Erde*, a la que considera «el libro doctrinal de Geografía quizá más importante de los tiempos modernos».

Es realmente destacable esta «labor receptiva», si tenemos en cuenta que, en este sentido, muy poco se venía haciendo en la Sociedad Geográfica: apenas un tímido intento de introducir un epígrafe de Bibliografía General en 1897 y alguna que otra reseña aislada como la aparecida en el tomo I de las teorías de Suess sobre el origen de los Alpes.

No es necesario aclarar que no es Torres Campos el único autor de la S.G.M. atento al movimiento de la moderna ciencia geográfica. Beltrán y Rózpide señalaba al finalizar el siglo que:

«Los geógrafos españoles, justo es consignarlo, han seguido paso a paso el rápido avance de la ciencia que cultivan, y todas sus obras revelan el amplio y elevado concepto que forman de la Geografía.» (BELTRAN, 1889, p. 10).

Sí es, sin embargo, el más preocupado por su divulgación, y en ello no cabe menos que recordar la actitud que en este sentido venía manifestando el grupo institucionalista.

Las reseñas, además de los espacios habituales en el *B.S.G.M.* y en el *B.I.L.E.* van a ser editadas como libros independientes y extractadas para las revistas científico-culturales más prestigiosas del momento, como es el caso de la *Revista de España*, la *Revista Contemporánea* etc., y reeditadas, ya en el pre-

sente siglo, por establecimientos tipográficos iberoamericanos (PALAU, 1948).

VI. LA ANTROPOGEOGRAFIA COMO BASE CIENTIFICA DEL DESARROLLO DE LA HUMANIDAD

Finalmente, y para terminar este largo recorrido, voy a detenerme en la visión antropogeográfica de Torres Campos, expuesta, en apenas ocho lecciones, en la cátedra de Geografía creada por la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo madrileño (ATENEO, 1896). La interrupción de estas lecciones tiene como origen una larga enfermedad que ya había obligado a nuestro autor a abandonar su representación en los Congresos Internacionales de Geografía del cambio de siglo. Pero, pese a su inconclusión, es posible entrever en ellas las directrices generales de su pensamiento.

Dichas lecciones, bajo el título de «Los Pueblos de Asia», comienzan así:

«Partiendo del concepto de la Geografía formulado por Humboldt, Ritter, Guyot, y desmenuado por Peschel, y Reclus. Vidal de la Blache y Ratzel, importa considerar las ventajas que ofrece al desenvolvimiento colectivo del género humano, a los progresos de la sociedad y al adelanto de la civilización, las diferentes regiones de Asia. Nuestro capital objetivo es mostrar la influencia del medio físico en la vida del hombre, con un sentido histórico y positivo, partiendo de hechos observados, y apreciar también el trabajo del mismo como agente modificador del planeta, que sirve para cambiar radicalmente las condiciones del medio geográfico y su influjo en la Historia.» (TORRES, 1904, pp. 25-26).

Se pone de manifiesto en estas líneas que para Torres Campos la humanidad sigue siendo un camino creciente de civilización; en este camino creciente juega un papel fundamental el medio físico y para su reconstrucción histórica es necesario referir, utilizando sus palabras «el hecho a su teatro y a sus acontecimientos» (*Ibidem*, p. 26). Similares voces y concepciones había utilizado Ratzel en la introducción a su *Antropogeografía* al afirmar que:

«... en la concepción que considera la historia como una gran suma de movimientos yo entrevi por primera vez la posibilidad de profundizar fecundamente en el problema tan discutido, pero poco resuelto, de la influencia que el teatro de los acontecimientos posee sobre la historia.» (RATZEL, 1882).

Juega, al igual que Ratzel, con el medio físico como causa explicativa del movimiento de los pueblos, pues, es éste el que posibilita o imposibilita la *comunicación* de las sociedades humanas:

«En virtud del aislamiento entre los pueblos de Asia engendrado por condiciones físicas, se ha producido la falta de solidaridad entre ellos y su debilidad.» (TORRES, 1904, p. 26).

Es asimismo el medio físico el que explica, como ya lo hiciera Giner en su artículo «Paisaje», el carácter de sus moradores:

«Esta singular crueldad —nos viene a decir Torres Campos— no es un fenómeno propiamente psicológico, una cualidad de la raza; sino una consecuencia natural de la situación y de la misión histórica de la monarquía Asiria, determinada por el medio.» (*Ibidem*, p. 30).

Indudablemente esta determinación del medio puede ser modificada por el hombre y sus posibilida-

des (no podía ser de otra forma en un final de siglo que había emprendido la tarea de comunicar los grandes mares y de unificar la terminología científica), y él mismo lo señala al hablar de

«la revolución que en este respecto se opera en nuestros días, principalmente por el influjo de los medios de comunicación» (*Ibidem*, p. 26).

Para Torres Campos, igual que para Ratzel, el movimiento de los pueblos conduce así a una universalización de la vida humana, pero como en Ratzel las formas de esta universalización están marcadas por las ideas europeas. En este sentido pueden interpretarse estos párrafos:

«Toda civilización fluvial debe —insiste Torres Campos—, a menos de perecer o absorberse en otra corriente más amplia, desenvolverse en una civilización comunicativa, expansiva y marítima.

Primero se transmite a mares interiores, y es mediterránea; luego se desenvuelve en un medio más amplio, en un gran Océano; por último el descubrimiento y explotación de nuevos países, la colonización y el desarrollo de las comunicaciones rápidísimas a todos los grandes mares, y se entra en el período universal, en que el comercio y la vida marítima se generalizan» (*Ibidem*, p. 31).

Difícil explicar las anteriores citas desde las argumentaciones que limitan el entendimiento de la influencia del medio sobre el hombre en términos deterministas o posibilistas. La utilización, en ciertos momentos, de esta terminología contrapuesta no explica los hechos; sólo los valora. Creo, pues, más útil entrar en las causas que determinan su imagen.

La perspectiva epistemológica en que se sitúa el pensamiento de Torres Campos como hombre del XIX está enmarcada entre:

«por una parte, la asunción de la *Historia* como definidora de una empiricidad basada en el orden temporal de las cosas, de forma que la inteligibilidad de las mismas se anuda a su devenir, y, por otra, la introducción de una conciencia epistemológica del *Hombre* como tal y, en consecuencia, la aceptación de una nueva positividad que se refiere a las relaciones entre Naturaleza y Naturaleza humana.» (GOMEZ-JIMENEZ-ORTEGA, 1982, p. 21).

Sobre esta perspectiva se apoya un conjunto de principios y creencias básicas, entre las que me interesa destacar la pretensión de científicidad universalista, la creencia en la racionalidad, matizada en el autor por el racionalismo armónico de signo krausista, la visión organicista del universo, y la firme creencia en el progreso material e intelectual de la humanidad.

Estos caracteres van a ser puestos en juego por nuestro autor desde el punto de vista que ofrece la moderna ciencia geográfica al situarse entre los hechos naturales y humanos, para procurar y justificar el desarrollo de España como nación. Pero en esta preocupación entra decididamente su concepción global del *Hombre*, de la *Naturaleza* y de la *Humanidad* (conceptos base de la sistemática krausista), y es por lo que, aceptando la influencia directa del medio sobre el hombre, tratará, por una parte, de explicar globalmente la evolución de la humanidad y, por ende, de justificar la situación que a España le corres-

ponde, o ha de corresponderle en ese devenir.

Estas dos pretensiones definen muchas de las afirmaciones recogidas del autor y quedan enmarcadas en el siguiente texto:

«Consideró Platón a las gentes acampadas alrededor del Mediterráneo como el grupo escogido de la humanidad. Hoy no puede sostenerse la teoría de la jerarquía primordial de las razas, que confiere a los pueblos elegidos el privilegio de desarrollarse progresivamente de edad en edad, fuera de la influencia del medio, mientras que otros vegetan en la barbarie o se mantienen a una gran distancia de aquéllos. Las razas son grupos indecisos de individuos cuyos elementos característicos cambian al infinito: el medio, las hace, e incesantemente las modifica; pero ya que no por la propia virtud de la raza, hija de la tierra al fin, por la influencia del medio, es lo cierto que la profecía de Platón podría cumplirse.

Si no se ha de desmentir la ley geográfica que hace de los territorios avanzados y de la entrada de los mares, posiciones de primer orden, Cádiz, Algeciras, Málaga y Almería, Tánger, Ceuta, Melilla y Chafarinas, en la línea de comunicación que por el canal de Suez y el interoceánico de América rodea el planeta relacionando el Oriente con el Occidente, deben ser en el nuevo período orgánico, universal, de amplias relaciones entre todas las comarcas de la tierra, a cuya apertura asistimos, lo que son hoy el Havre, Hamburgo, Liverpool, Glasgow, New-York, San Francisco, Melbourne y Sidney: grandes aglomeraciones humanas, focos extraordinarios de cultura y de riqueza.» (TORRES, 1895).

Es, pues, la idea de la «comunicación» la que entra constantemente en juego en esta concepción unilineal del desarrollo de la humanidad. Comunicación que se establece o ha de establecerse en todos los sentidos posibles; hombre-naturaleza, hombre-hombre, nación a nación (excursiones escolares, emigración, comercio).

La Geografía adquiere por lo dicho un doble significado; ocupa un lugar destacado en la regeneración material y, como vimos, cultural del país, adquiriendo al mismo tiempo indudable valor para comprender y señalar la dirección que ha de tomar la humanidad como colectivo, pretensión que comparten las concepciones idealistas, y en especial la corriente krausista, marcando el sentido que ha de tomar la actitud positivista que asume el autor.

La larga enfermedad que venía padeciendo le obliga a suspender sus lecciones en el Ateneo, ocasionando su muerte poco tiempo después —septiembre de 1904— cuando se encontraba, quizá por motivos profesionales, en la capital francesa, donde fue enterrado. Queda así interrumpida la ya extensa labor de uno de los introductores del pensamiento geográfico moderno en España. Sus consecuencias, difíciles de medir, no cabe duda fueron continuadas por Francisco Barnes y Manuel de Terán en el Instituto-Escuela, al menos en lo que Coello denominó «... la exposición literaria y amena de la Geografía» (COELLO, 1895, «Prólogo»). La continuación de la práctica excursionista y la utilización de mapas mudos para la enseñanza¹⁷, así como la mención que de su obra rea-

Beltrán y Rózpide, que ocupará desde los primeros momentos de su creación la cátedra de Geografía en la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio, considera que

«el mapa mudo nada enseña, porque lo que el alumno debe aprender lo tiene ya sabido por medio de los demás mapas. El manejo de los mapas mudos servirá a lo más para que el profesor pueda formar juicio de los progresos del alumno.» (BELTRAN, 1913, p. 5).

¹⁷ Resulta, cuando menos, curioso observar cómo la utilización de los mapas mudos introducidos por Torres Campos en 1883 fueron cambiando, con el tiempo, de finalidad. Torres Campos los había propuesto primero y luego relanzado con el objeto de servir de ayuda en el proceso educativo, atendiendo a la mejor visibilidad en clases numerosas y al ahorro de tiempo que suponía para el profesor no tener que dibujar constantemente los contornos de la península o de sus regiones.

lizan algunos pedagogos de la Geografía en los primeros años del presente siglo —Alvarez Sereix, Pe-

drera Taibo, Ballester etc.—, señalan otras líneas de continuidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

- AMOROS, N.: *Velada necrológica en honor a Rafael Torres Campos*, Madrid, Centro del Ejército y de la Armada, 1904.
- ASUA, Miguel de: «Reseña de las tareas de la corporación en sus primeros cincuenta años de vida», *B.S.G.M.*, t. I.XVI, 1926, pág. 223.
- BELTRAN Y ROZPIDE, R.: *La Geografía en 1898*, Madrid, Est. Tip. de Fortanet, 1899.
- BELTRAN Y ROZPIDE, R.: «La enseñanza de la Geografía. Su desarrollo gradual desde la escuela primaria hasta los cursos de Estudios superiores», comunicación en el Congreso Internacional de Roma, 1913.
- **BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE MADRID:**
«Sesiones de las Juntas generales preparatorias a la constitución de la S.G.M.», t. I, nº 1, 1876.
«Junta Directiva, 16 de noviembre de 1876», t. I, nº 5, 1876.
«Bases presentadas por la Comisión elegida para fijar los medios de propagar los conocimientos geográficos discutidos y aprobadas por la Sociedad en Reunión ordinaria», t. IV, 1878, págs. 386-387.
«Junta Directiva, 27 de enero de 1880», t. VIII, 1880, pág. 362.
«Junta Directiva, 13 de junio de 1887», t. XXIII, 1887, pág. 143.
«Junta Directiva, 20 de junio de 1888», t. XXV, 1888, págs. 285-286.
«Junta Directiva, 17 de enero de 1893», t. XXXIV, 1893, pág. 382.
«Junta Directiva, 17 de abril de 1894», t. XXXVI, 1894, pág. 430.
«Junta Directiva, 8 de enero de 1895», t. XXXVII, 1895.
«Junta Directiva, 5 y 7 de noviembre de 1891», t. XXXII, 1891, págs. 82-85.
«Junta Directiva, 28 de junio de 1892», t. XXXIII, 1892.
«Junta Directiva, 5 de marzo de 1895», t. XXXIV, 1895.
«Enseñanza y difusión de la Geografía», t. X, 1881, págs. 241 y 233.
«Junta Directiva, 7 de diciembre de 1876», t. I, nº 6, pág. 364.
- COELLO Y QUESADA, F.: «Discurso fundacional», *B.S.G.M.*, t. I, 1876.
- COELLO Y QUESADA, F.: «Memoria sobre el estado actual de los trabajos geográficos», *B.S.G.M.*, t. I, 1876, págs. 132-135.
- COELLO Y QUESADA, F.: «Prólogo» a *Estudios Geográficos* de Torres Campos, 1895.
- **CONGRESO NACIONAL PEDAGOGICO (C.P.N.)**, Fomento de las Artes, Madrid, Gregorio Hernando, 1882.
- COSTA, J. y TORRES CAMPOS, R.: «La Geografía y el comercio», Madrid, *Revista de Geografía Comercial*, t. I, 1885-86, págs. 1-2.
- FERNANDEZ, Eloy: *Costa y el africanismo español*, Ed. Almagren, 1976.
- GARCIA MARTIN, L.: «Memoria sobre los medios de propagar el estudio de la Geografía en España», *B.S.G.M.*, t. IV, 1878, págs. 375-386.
- GINER DE LOS RIOS, II.: «Memoria anual», *B.I.L.E.*, t. III, 1879, págs. 111-12.
- GOMEZ MENDOZA, J., MUÑOZ JIMENEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N.: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.
- GOMEZ MENDOZA, J.º y ORTEGA CANTERO, N.: «Geografía y Regeneracionismo en España, 1875-1936», *Sistema*, nº 71, marzo de 1987.
- HERNANDEZ SANDOICA, M.º E.: «La geografía española, entre la proyección colonial y la carencia universitaria. Los estudios geográficos en Madrid (1868-1900)» en PESET, J. L. et al.: *La Universidad de 1875 a la Dictadura*, Madrid, Fundación Juan March, 1985.
- ORTEGA CANTERO, N.: «Conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución Libre de Enseñanza», *Estudios Turísticos*, nº 83.
- ORTI, Alfonso: «Infortunio de Costa y ambigüedad del costismo; una reedición de "Política Hidráulica"», *Agricultura y Sociedad*, nº 1, 1976.
- PALAU DULCET, A.: *Manual del libro Hispano-Americano*, Barcelona, 1948-82.
- PARDO BAZAN, E. (1887): *La madre naturaleza*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- RATZEL, Friederich (1882): *Geografía dell'Uomo (Antropogeografía). Principi de l'applicazione della scienza geografica alla storia*. Trad. Italiana de Ugo Cavallero, Turin, Fratelli Bocca Editori, 1914. Cf. CAPEL, H.: *Filosofía y ciencia en la Geografía Contemporánea. Una introducción a la Geografía*, Barcelona, Ad. Barcanova, 1983.
- REPARAZ, Gonzalo: *Política de España en Africa*, Barcelona, Imp. Barcelonesa, 1907.
- **REVISTA DE GEOGRAFIA COLONIAL Y MERCANTIL:**
«Junta Directiva, 27 de mayo de 1897», t. I, 1897.
«Junta Directiva, 21 de julio de 1898», t. I, 1898.
- RUIZ DE QUEVEDO, M. y TORRES CAMPOS, R.: *La mujer en el Servicio de Correos y Telégrafos*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, 1883, 55 págs.
- SALES Y FERRE, M.: «Introducción» a *la Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos*, de VIVIEN DE SAINT-MARTIN, L., Sevilla 1878, 2 t.
- TORRES CAMPOS, R.: «El movimiento científico-literario en Francia. Tres nuevas revistas: Filología, Geografía y Literatura popular», *Revista Europea*, Madrid, 18 de marzo de 1877.
- TORRES CAMPOS, R.: «Reseña de las tareas y estado

- de la S.G.M., 9 de noviembre de 1879», *B.S.G.M.*, t. VII, 1879.
- TORRES CAMPOS, R.: «La caja escolar de instrucción», Madrid, *B.I.L.E.*, t. IV, 1880.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Reseña de las tareas y estado de la S.G.M.», *B.S.G.M.*, t. II, 1881.
 - TORRES CAMPOS, R.: *Viajes escolares*. Madrid, Imprenta de Fortanet, 1882, 55 págs.
 - TORRES CAMPOS, R.: «La enseñanza de la Geografía por el método gráfico», *B.I.L.E.*, t. VII, 1883.
 - TORRES CAMPOS, R.: *La mujer en el Servicio de Correos y Telégrafos*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, 1883.
 - TORRES CAMPOS, R.: *La reforma en la Enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Muestras*. Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1884.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Reseña de las tareas y estado de la Sociedad Geográfica de Madrid». Leída en la Junta General, 23 de noviembre de 1886, *B.S.G.M.*, 1886, págs. 289-96.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Las profesiones de la mujer». Ponencia al *Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano*, tema IV de la sección V, Madrid, Imp. de Fortanet, 1893.
 - TORRES CAMPOS, R.: *Estudios Geográficos*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1895, 463 págs. Contiene los siguientes artículos:
 «La campaña contra la esclavitud y los deberes de España en África», págs. 1-36.
 «El Congreso y la Exposición de Geografía de París en 1889», págs. 37-78.
 «Portugal e Inglaterra en el África Austral», págs. 79-121.
 «El reparto de África según los últimos tratados», págs. 125-177.
 - «Los problemas del Mediterráneo», págs. 178-212.
 «El Congreso y la Exposición de Geografía de Berna», págs. 213-278.
 «La cuestión de Melilla», págs. 279-330.
 «Nuestros ríos», págs. 331-416.
 «Recuerdos de montaña», págs. 417-432.
 «Un viaje al Pirineo», págs. 433-463.
 - TORRES CAMPOS, R.: *La Geografía en 1895. Memoria sobre el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres*. Madrid, Est. Tip. de Fortanet, 1896, 290 págs.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Memoria acerca de los progresos de los trabajos geográficos», leída en la Junta General del 15 de diciembre de 1896, *B.S.G.M.*, t. XXXIX, 1897, pág. 83.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Memoria acerca de los progresos de los trabajos geográficos», leída en la Junta general del 29 de marzo de 1898, *B.S.G.M.*, t. XL, 1898, (anexo) pág. 1.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Coello y las Sociedades Geográficas», en *Velada Necrológica en memoria de Francisco Coello y Quesada, 29 de noviembre de 1898*. Est. Tip. de Fortanet, 1898.
 - TORRES CAMPOS, R.: «El carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias». Discurso leído en la Real Academia de la Historia, Madrid, Imprenta del Depósito de Guerra, 1901.
 - TORRES CAMPOS, R.: «Los Pueblos de Asia», *B.I.L.E.*, t. XXVIII, 1904.
 - TURIN, Y. (1863): *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*. Madrid, Aguilar Eds., 1967.
 - VIDAL DE LA BLACHE, P. y TORRES CAMPOS, R.: *Colección de mapas murales*. Paris, Ed. Colín, 1895.